

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Cherdivara, Ruxandra; Marín i Corbera, Martí, dir. Movilizaciones coreanas en Japón (1939-1945) : inicios, causas y consecuencias. 2017. (842 Grau d'Estudis de l'Àsia Oriental)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/189520>

under the terms of the  **IN**
COPYRIGHT license

FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU D'ESTUDIS D'ÀSIA ORIENTAL

TREBALL DE FI DE GRAU

Curs 2016-2017

**Movilizaciones coreanas en Japón (1939-1945):
inicios, causas y consecuencias**

**Ruxandra Cherdivara
1332384**

**TUTOR/A
Martí Marín Corbera**



Barcelona, 5 de junio de 2017

Dades del TFG

Títol (en català, castellà i anglès, o una tercera llengua):

- Moblitzacions coreanes a Japó (1939-1945): inicis, causes y conseqüències
- Movilizaciones coreanas en Japón (1939-1945): inicios, causas y consecuencias
- Forced mobilisations of Koreans to Japan (1939-1945): from the origin to its causes and consequences

Autor/a: Ruxandra Cherdivara

Tutor: Martí Marín Corbera

Centre: Universitat Autònoma de Barcelona

Estudis: Estudis d'Àsia Oriental

Curs acadèmic: 2016-2017

Paraules clau

-
- moblització, treball forçat, *zainichi*, imperi japonès, colonialisme, Corea, Japó, Segona Guerra Mundial.
 - movilización, trabajos forzosos, *zainichi*, imperio japonés, colonialismo, Corea, Japón, Segunda Guerra Mundial.
 - mobilisation, forced labour, *zainichi* Koreans, japanese empire, colonialism, Korea, Japan, Second World War.
-

Resum del TFG

Mediante un repaso de la historiografía *zainichi*, japonesa y euro-norteamericana, en este trabajo se analizará los inicios, las causas y las consecuencias de la movilización masiva de miles de coreanos a Japón –en el período comprendido entre 1939 y 1945– con el fin de desempeñar trabajos forzosos en las principales industrias niponas de la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, desentramaremos las responsabilidades de postguerra: en el caso específico de las compensaciones a las víctimas coreanas de la conscripción, en un contexto sociopolítico de invisibilización y supresión del pasado bélico.

Mitjançant un repàs de la historiografia *zainichi*, japonesa i euro-nord-americana, en aquest treball s'analitzaran els inicis, les causes i conseqüències de la mobilització massiva de milers de coreans al Japó –en el període comprès entre 1939 i 1945– amb la finalitat de realitzar treballs forçats a les principals indústries nipones de la Segona Guerra Mundial. També, discutirem les responsabilitats de postguerra: en el cas específic de les compensacions a les víctimes coreanes dels reclutaments forçats, en un context sociopolític d'invisibilització i supressió del passat bèl·lic.

Through a careful review of the *Zainichi*, Japanese and English historiography, this dissertation aims to analyse the mobilisation of thousands of Koreans to Japan –between 1939 and 1945– as forced labour to the main Japanese industries during the Second World War. Furthermore, we will engage in the debate surrounding war responsibilities and the redress campaigns to compensate the Korean forced labour victims within a framework in which the invisibilization and omission of the colonial history is a common feature of the Japanese politics and society.

Avís legal

© Ruxandra Cherdivara, Barcelona, 2017. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ésser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització del seu autor/de la seva autora.

Aviso legal

© Ruxandra Cherdivara, Barcelona, 2017. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Legal notice

© Ruxandra Cherdivara, Barcelona, 2017. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcast and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

ÍNDICE

Índex	1
0. Introducción	1
I.Contexto histórico	6
1.1. Historiografías en conflicto	6
1.2. Contexto socioeconómico de Corea como colonia japonesa.....	14
1.3. Conscripciones durante el período bélico, 1939-1945.....	22
1.4. Situación social y laboral de los movilizandos	29
1.5. Políticas de asimilación sociocultural en Japón.....	34
II.Período post-colonial	38
2.1. Derrota, repatriación y situación legal de los <i>zainichi</i>	38
2.2. Demandas, juicios e indemnizaciones	40
III.Conclusiones.....	48
IV.Anexo	54
V.Bibliografía	56

0. Introducción

Con la anexión de Corea como colonia dentro del imperio japonés, de forma tentativa en 1905 –con la instauración del protectorado para, seguidamente, llevar a cabo su ocupación *de facto* en 1910– se inicia un proceso de implementación de una serie de políticas asimilacionistas, impuestas por Tokio y llevadas a cabo por el gobierno colonial, que fueron dando paso a vejatorias crisis en la estructura social, política y económica del país y, consiguientemente, extendieron la pobreza, el hambre y el desempleo por el territorio. Dichos factores establecieron las condiciones necesarias para el desarrollo de unos procesos de migración masiva, en múltiples fases, que trataremos fragmentariamente a lo largo de este estudio. Posteriormente, con la creciente demanda de mano de obra de una industria nipona en expansión, cuyas circunstancias se agudizaron todavía más con el inicio del período bélico –de la Segunda Guerra Sino-Japonesa en 1937 que, consecutivamente, se vio intercalada con el inicio y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial– se llevaron a cabo numerosas conscripciones o movilizaciones forzosas de trabajadores coreanos mediante la implementación de la *National General Labor Mobilization Law* en la península en 1939 y perduraron hasta el desenlace de la guerra, el 1945.

Estas movilizaciones masivas se produjeron en mayor o menor medida durante tres períodos históricos concretos, que varían según el autor y los criterios a seguir. No obstante, es en el último de los cuales –entre los años 1944 y 1945– en el que es manifiesto el carácter forzoso de estas: cuando asentamientos enteros de población fueron capturados, aprisionados y transferidos como trabajadores a las principales industrias niponas, independientemente de las voluntades o réplicas individuales. Según datos oficiales¹ proporcionados por la Dieta Imperial de esa época, el número total de conscripciones forzosas realizadas en el período comprendido entre 1939 y 1945 oscilan alrededor de unas 742,922 personas que fueron destinadas a la metrópoli como mano de obra (Chung, 1984: 53).

Una vez allí, las precarias y severas condiciones laborales y sociales eran reflejadas en el trato inhumano hacia todos los trabajadores, en especial hacia los de etnia

¹ Estas cifras oficiales serán contrastadas con otros estudios independientes a lo largo de este trabajo.

coreana, y en los bajos salarios –gran parte de los cuales eran expropiados por las mismas empresas.

De esta manera, estas duras condiciones de vida conformaban una realidad en la que cada día se contabilizaban numerosos casos de huidas masivas e incluso muertes provocadas por accidentes laborales o conflictos dentro de la comunidad obrera. En líneas generales, podemos argumentar que estos hechos respondían a un contexto de una discriminación extendida por todos los ámbitos de la sociedad, en concordancia con una ideología ultranacionalista e imperialista japonesa cuyas teorías raciales y de darwinismo social fueron modeladas a partir del período Meiji (1868-1912) y sucesivamente en los períodos Taishô (1912-1926) y parte de Shôwa (1926-1989), siguiendo las corrientes de pensamiento colonialista europeas (Weiner, 2009: 3).

A lo largo de este trabajo, nos centraremos particularmente en la situación laboral de los trabajadores coreanos conscriptos en la industria minera nipona. Esta nos servirá como foco central en la narración histórica de las víctimas coreanas de los trabajos forzosos y de la bomba atómica –llamadas *hibakusha* (被爆者)– en su contienda de demandas legales contra el gobierno y aquellas empresas niponas en las que fueron explotadas. Tras la Segunda Guerra Mundial, el Tratado de Paz de San Francisco (1951) y la tardía normalización de las relaciones bilaterales entre Japón y Corea del Sur (1965), pero no del Norte a causa de la Guerra Fría, convirtieron la trama legal de cualquier reparación en laberíntica y –al mismo tiempo– configuraron un contexto en el que ni siquiera alguna forma de consenso historiográfico podía acudir en auxilio de la discusión. Ni los trabajadores forzados, ni otras situaciones incluso más dramáticas como la de las víctimas coreanas de la bomba atómica o aquellas obligadas a prostituirse como *comfort women* iban a dejar de ver sus testimonios desacreditados.

A partir de este planteamiento, se intentará hacer un análisis crítico y multidisciplinario que ponga de relieve la omisión, invisibilización o amnesia histórica a la que ha sido sometida esta fracción no pequeña de la población coreana dentro de la memoria pública del Japón contemporáneo, dando por supuesto que el pasado colonialista en la península coreana forma una parte integral de la historia moderna japonesa. Tal y como hemos mencionado anteriormente, seguiremos de manera sucesiva el caso concreto del uso de mano de obra forzosa coreana durante el período bélico y la posterior contienda legal surgida en torno a este, en vista de que actualmente no es integrado en su totalidad

—ni tiene algún tratamiento específico— dentro de la propia historiografía japonesa estándar.

Dentro de la amplia y extensa bibliografía disponible sobre este tema, la cuestión de una historiografía cronológica en lo referente al trabajo forzoso coreano, es escasamente tratada como un estudio independiente en los círculos académicos. De este modo, propongo analizar la construcción y representación de una historiografía cronológica de la memoria histórica en cuanto a los trabajos forzados desempeñados por las primeras generaciones de coreanos residentes en Japón, siguiendo los marcos teóricos establecidos por autores como WEINER (1997), SMITH (1999) y CHAPMAN (2008) entre muchos otros. Asimismo, enfocaremos lo que Ian BURUMA (2011) denomina “amnesia histórica selectiva” en su obra *El precio de la culpa: como Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado* (traducción de Claudia Conde) en directa contraposición a la lucha legal y demandas —con el fin de obtener reparaciones económicas— por parte de los supervivientes de los trabajos forzados y *hibakusha* coreanos, contra el gobierno y empresas niponas como por ejemplo Mitsubishi Corp. Del mismo modo, incidiremos brevemente en el activismo social desarrollado en torno a esta contienda en Japón y Corea del Sur.

Una vez esclarecido el marco general del trabajo aquí propuesto, el estudio se ha subdividido en tres grandes apartados que dan pie su desarrollo. En primer lugar, repasar las historiografías en conflicto del período post-colonial en lo referente a las conscripciones forzadas y la construcción de una memoria histórica, fragmentada por parte de ambas “comunidades imaginadas”: los *zainichi* coreanos y la sociedad japonesa. Hemos de incidir desde un primer momento en establecer una definición que enmarque el concepto de *zainichi*, que nos servirá de referencia y eje metodológico a lo largo de este trabajo. Analizaremos el término *zainichi* según el criterio establecido por John LIE en su obra *Zainichi (Koreans in Japan): Diasporic Nationalism and Postcolonial Identity* (2008) en la que remarca la complejidad e inestabilidad de una identidad diaspórica y poscolonial denominada *zainichi*, cuya traducción literal: “residiendo en Japón” produce una clara inflexión en el carácter temporal de su residencia. En palabras de Lie (2008: ix-x), “[o]ne may very well be Zainichi Chinese or Zainichi American, but the term refers almost always—by ethnic Japanese and ethnic Koreans alike—to a population of colonial-

era migrants from the Korean peninsula that settled in the Japanese archipelago and their descendants”.

Seguidamente, exponer someramente el contexto socioeconómico de Corea como colonia japonesa, presentando el panorama de las primeras migraciones y sus períodos históricos. Además, se hace hincapié en las estructuras y medios empleados en los procesos de reclutamiento y conscripciones forzosas durante la etapa bélica. Una vez en Japón, se estudiará la situación laboral y social de los inmigrantes forzosos coreanos –en grandes empresas o las sub-contratadas por estas– y pondremos especial énfasis en el caso de las minas de carbón. Asimismo, revisaremos –como marco definidor– las políticas de asimilación sociocultural y la represión gubernamental estructural dirigidas a la comunidad *zainichi*.

En segundo lugar, analizar las responsabilidades de postguerra: el papel del estado y las empresas, e ilustrar el contexto político internacional previo que condiciona e influencia directamente en las demandas legales y juicios por parte de los *hibakusha* y ex conscriptos coreanos en relación al uso generalizado de trabajadores forzosos en las principales industrias niponas durante el período bélico. Se discute también, el activismo desarrollado en torno a estas contiendas –tanto en Corea del Sur como en Japón– asimismo, se indaga en la cuestión de las indemnizaciones, compensaciones y disculpas, decretadas o manifiestas, por parte del gobierno y las empresas japonesas durante la larga trama legal que aún perdura en la actualidad.

Por último, este estudio busca responder a las cuestiones de: ¿Cómo es construida o re-construida la narración histórica en lo referente a los trabajos forzados desempeñados por las primeras generaciones de *zainichi* coreanos dentro del marco de la historia contemporánea de Japón? De manera similar, ¿Cuáles fueron los inicios, causas y consecuencias de la movilización masiva de miles de coreanos como mano de obra forzada en las principales industrias niponas durante el período bélico? Por último, ¿Cómo respondieron el gobierno y las empresas japonesas frente a la configuración de las reparaciones de guerra y frente a una trama de demandas iniciadas a principios de los años noventa por parte de los supervivientes de las movilizaciones en un contexto sociopolítico de invisibilización y supresión del pasado bélico?

En cuanto al enfoque metodológico, se basa en un análisis bibliográfico crítico de obras, monografías y artículos académicos procedentes de diversas disciplinas en torno a

la cuestión de las primeras migraciones *zainichi*, los trabajos forzados desempeñados y las responsabilidades de postguerra, reparaciones y juicios. Empezando por la lectura crítica de la tesis doctoral del Dr. CHUNG, Chin-Sung (1984) *Colonial Migration from Korea to Japan*, en la cual –a partir de teorías estructuralistas– relata cronológicamente los amplios procesos de migración procedentes de la Corea colonial hacia la metrópoli, incidiendo en el contexto socioeconómico y político de ambos países. Así como, contrarrestar el anterior estudio con la tesis del Dr. NAKANO Yoichi (1997) *Japan's Wartime Use of Colonial Labor: Taiwan and Korea (1937-1945)*, que nos permite conocer una precisa contextualización en cuanto al uso –por parte del gobierno colonial nipón– de inmigrantes forzados coreanos durante el período bélico. Del mismo modo, analizaremos las obras del Dr. Michael WEINER: *Race and migration in imperial Japan* (1994) y los capítulos de ““Self” and the ‘other’ in imperial Japan” y “Zainichi Koreans in history and memory” de la segunda edición de la obra *Japan's Minorities: the illusion of homogeneity* (2009) –en colaboración con el Dr. David CHAPMAN. A estas fuentes se le suman, la lectura y análisis crítico de diversos artículos académicos a mano del Dr. David PALMER (2006, 2008), Dr. Mark CAPRIO y Dra. YU Jia (2009), Dra. Tessa MORRIS-SUZUKI (2008) y Dr. William UNDERWOOD (2006, 2008, 2010, 2015) que intercalaremos y contrastaremos con la anterior bibliografía, y además, servirán de eje conductor a lo largo de todo el trabajo.

El acceso a estas fuentes se ha realizado a partir de la consulta de catálogos bibliotecarios y de buscadores digitales académicos, como por ejemplo Trobador y Google Scholar, seleccionando las obras, artículos académicos y monografías más adecuadas para el estudio de este tema.

I. Contexto histórico

1.1. Historiografías en conflicto y la construcción de la memoria colectiva

Para empezar y con tal de establecer un marco teórico preciso, es necesario definir el concepto de “memoria colectiva” siguiendo la pauta establecida por la Dra. Kristine DENNEHY en su disertación *Memories of Colonial Korea in Postwar Japan* (2002). En esta, Dennehy cita al historiador francés Pierre Nora en su definición de “memoria colectiva” –entendida como “what remains of the past in the lived reality of groups, or what groups make of the past” (Dennehy, 2002:1). A esta primera introducción al término de “memoria colectiva” se le debe agregar otro enfoque que nos permita captar su significado íntegro, citando a Pierre Nora (1979), “[e]n première approximation, la mémoire collective est le souvenir ou l’ensemble de souvenirs, conscients ou non, d’une expérience vécue et/ou mythifiée par une collectivité vivante de l’identité de laquelle le passé fait partie intégrante” (Nora, 1979 en Lavabre, 2000: 49).

La tesis de Dennehy (2002) enfoca cómo varios grupos –comprendiendo historiadores japoneses, intelectuales *zainichi* y antiguos oficiales coloniales en Corea– construyen sus particulares narrativas en cuanto a la historia colonial nipona para dar respuesta y promocionar sus agendas políticas contemporáneas (Ibíd., 1). Por lo que, en este primer apartado aplicaremos parcialmente el esquema de Dennehy, del mismo modo que la obra de David Chapman: *Zainichi Korean Identity and Ethnicity* (2008), más concretamente, nos centraremos en el capítulo cinco “Dealing with the past” (p.84-115). A partir de este planteamiento, junto con un repaso de la historiografía euro-norteamericana en lengua inglesa, categorizaremos en tres grupos las historiografías que narran el periodo colonial nipón en Corea.

Historiografía *zainichi*

En primer lugar, analizaremos brevemente la historiografía postcolonial en lengua japonesa—por intelectuales, historiadores y activistas *zainichi*. Su producción historiográfica se puede distinguir en dos fases claramente demarcadas: en la primera, entre 1945 y 1965, el análisis histórico desde la perspectiva *zainichi* respondía a las inquietudes políticas, de demandas de derechos civiles, como instrumento para combatir la discriminación social durante el período posbélico. Asimismo, como mecanismo integrado para satisfacer la agenda política del momento, cuyo objetivo era fortalecer los vínculos de Japón con el gobierno surcoreano y su consiguiente alianza con EE.UU, y así,

influir en el progreso de las relaciones diplomáticas entre ambos países durante los primeros años de posguerra (Dennehy, 2002:1-4).

En la segunda fase, entrando en los años 1965, el tratado de normalización de las relaciones bilaterales entre Japón y Corea del Sur marca un antes y después en la corriente intelectual *zainichi*, que se vio dividida a consecuencia de una afiliación más concreta entre las organizaciones *zainichi* con los gobiernos del norte o sur de Corea (Ibíd., 5).

Pak Kyong-sik fue uno de los primeros intelectuales en tratar la narrativa histórica del activismo *zainichi* en el período colonial y de postguerra, adoptando una perspectiva nacional coreana –como grupo oprimido y perjudicado dentro de la sociedad japonesa– como metodología para su análisis (Chapman, 2008: 24). Como miembro de la primera generación *zainichi*, Pak Kyong-sik se graduó de la Universidad de Toyo y fue profesor en la Universidad de Chosun² en Japón. Los principales temas que trata son de la historia *zainichi* pasada y reciente, siendo uno de los pioneros en examinar las movilizaciones de trabajadores coreanos durante el período colonial desde una perspectiva que incide en la identidad nacional de los migrantes o movilizados (Ibíd., 87).

Algunas de las críticas a la visión de Pak recaen de manera contundente a la visión simplista de un “homeland-focused nationalism” (Tonomura, 1999 en Chapman, 2008: 88) que entiende el nacionalismo *zainichi* en Japón como una continuación del desarrollado en la península. De manera semejante, contrapone dicotómicamente y de manera tajante las naciones de Japón y Corea y sus ciudadanos como entidades separadas e independientes, asimismo rechaza la premisa de la hibridez identitaria o cultural de la comunidad *zainichi* en Japón (Ibíd., 88).

Algunos de los historiadores *zainichi* de segunda generación posterior a Pak mantuvieron la terminología dicotómica nacionalista (Japón/Corea) propuesta por este primero, insistiendo en el supuesto de una identidad japonesa esencialista en directa contraposición con la “otredad” *zainichi* como principal método teórico en la exploración de algunos aspectos del colonialismo japonés. Esta visión esencialista se contradice con la realidad multiétnica de la sociedad japonesa, además podemos decir que se adhiere de alguna manera al mito monoétnico de la homogeneidad racial nipona, cuyo precepto invisibiliza una multitud de minorías sociales y étnicas u aquella población de orígenes

² Universidad estrechamente afiliada al gobierno de Corea del Norte.

heterogéneos o multiétnicos que conviven en una misma sociedad (Murphy-Shigematsu, 1993).

Hecha esta salvedad, otra de las características de esta nueva corriente de segunda generación viene a relacionar su base de pensamiento crítico con las teorías de los estudios poscolonialistas. Este factor se ve reflejado en las obras académicas de Kang Sang-jung³, que implementa el concepto de *zainichi* como método historiográfico desde el cual se acerca a la teoría deconstruccionista, enlazando el pasado histórico con la exclusión social que sufre la comunidad coreana residente en Japón a la que siente que pertenece (Chapman, 2008: 88-89).

Seguidamente, otro de los académicos *zainichi* de segunda generación a destacar es el historiador y profesor de la Universidad de Kanagawa, Yoon Keun-cha. En su obra rechaza abiertamente la amnesia histórica voluntaria del pasado colonial en la memoria pública japonesa, invitando a un debate académico que reviva dicha historia olvidada cuyas secuelas construyen los prejuicios contra la comunidad *zainichi* aún existentes en la sociedad nipona (Ibíd., 89-90).

Conjuntamente con Kang, Yoon comparte la misma hipótesis consistiendo en que, a partir del período Meiji e inspirados por las teorías civilizadoras occidentales propias del imperialismo, intelectuales japoneses como Fukuda Tokuzo (1874-1930) –uno de los líderes de la democracia Taishô– y el fundador de la Universidad de Keio, Fukuzawa Yukichi (1835-1901) reinterpretan histórica y políticamente el continente asiático, superponiendo a Japón como la nación civilizadora. A grandes trazos podemos decir que ambos proponían la superioridad de la nación japonesa frente a otros países asiáticos como por ejemplo Corea, categorizada como atrasada e inferior. Además, el último de los dos teóricos jerarquiza –de manera ascendiente– el nivel de civilización de los países según: incivilizados (*yaban*), semi-civilizados (*hankai*) y civilizados (*bunmei*), encajando a la península coreana en la primera de las tres categorizaciones (Ibíd., 90-91).

Por otra parte, siguiendo el marco teórico orientalista propuesto por Said (1978), tanto Kang como Yoon critican el discurso colonialista nipón que yuxtapone la identidad

³ Kang Sang-jung es el académico *zainichi* con más influencia en la actualidad. Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Tokio, es reconocido por su extensiva crítica del colonialismo y nacionalismo nipón, la cuestión de la exclusión *zainichi* y el orientalismo japonés, que conforman sus principales temas de estudio. Además, es frecuentemente convocado por los medios de comunicación de Japón u otros países para comentar diversos aspectos de su tema de estudio: la sociedad nipona y la situación de la comunidad *zainichi* (Chapman, 2008: 89).

nacional japonesa con el resto de Asia, y en particular con Corea, a la vez que se alineaba ideológicamente con el que sería su equivalente civilizado, Occidente (Ibíd., 93-95). Ambos autores enfocan el papel del orientalismo nipón y del postulado de una única identidad japonesa –*nihonjinron* (日本人論)– en la construcción del discurso colonialista, que establece una relación de poder entre dominante y subordinado en base a la suposición de un mismo origen racial como justificación en la conquista y colonización de Corea. Además, es este mismo discurso *nihonjinron* que crea el punto de inflexión en la conformación de una identidad nacional japonesa esencialista, que se autodefine como una civilización superior, única e homogénea, cuya pureza racial es directamente contrapuesta a la población *zainichi* residente en Japón (Ibíd., 95-98).

En palabras de Chapman (2008), las obras de Pak, Kang y Yoon –así como de otros intelectuales *zainichi*– conforman un discurso de resistencia en el análisis de la historia colonial japonesa, adoptando una metodología en la que la identidad nacional es central la construcción de una perspectiva binaria que homogeniza, de alguna manera, la comunidad *zainichi*, por lo que esta visión “may suffer from a form of reductionism in trying to dissect complex situations into components of nation state-level mono-causal entities” (Chapman, 2008:103). Dicha perspectiva dicotómica, que aún sigue siendo el paradigma dominante, se irá expandiendo con la inclusión de los estudios de género a mano de intelectuales feministas *zainichi* como Kim Pu-ja (1996) –profesora de la Universidad de Tokio de Estudios Extranjeros– Lee Bok-mi⁴ (1997) y Pak Hwa-mi (1992, 2000) –prominente activista *zainichi* y contribuidora regular en revistas académicas *zainichi*– entre otras autoras. Su aportación crítica enmarca la complejidad de las relaciones de poder, alejándose de la dicotomía de colonizador-colonizado para profundizar en otros mecanismos de exclusión social dirigidos a la población *zainichi*, en este caso femenina, que se puedan dar dentro de su comunidad, así como en la sociedad japonesa (Ibíd., 106-113).

Historiadores japoneses y antiguos oficiales coloniales

En segundo lugar, esbozar la interacción entre intelectuales e historiadores japoneses de historia coreana y antiguos oficiales coloniales en sus relatos de memorias y vivencias –escritos en lengua japonesa– en cuanto a la Corea colonial. Su objetivo

⁴ Lee Bok-mi es periodista y miembro de la organización para la publicación de la revista de derechos humanos *Sai*, mayoritariamente conformada por mujeres *zainichi* (Chapman, 2008: 106-113).

común era desenmascarar los “hechos reales” siguiendo un método historiográfico científico y objetivo que, a fin de cuentas, era basado en memorias y experiencias personales y subjetivas del período colonial (Dennehy, 2002:7-8).

Dentro de esta corriente se diferencia entre dos tendencias: defensores y denunciadores del imperialismo nipón que, no obstante, compartían la característica común de seguir la metodología y conceptos de la historiografía marxista. Hemos de aclarar que estos autores no necesariamente se identificaban con esta ideología, sin embargo, los tópicos de la explotación capitalista, lucha de clases y la resistencia del pueblo oprimido eran recurrentes en un marco de estudio del materialismo histórico (Ibíd., 26).

Las primeras organizaciones de historiadores más prominentes durante los primeros años de posguerra fueron *Rekishigaku kenkyûkai* (歴史学研究会) o “Sociedad Investigadora de Ciencias Históricas” y *Minshushugi kagakusha kyôkai* (民主主義科学者協会) o “Asociación de Científicos Democráticos”, ambas de las cuales discutieron primerizamente el tema de Corea como parte de la agresiva conquista japonesa de Asia. En su estudio ponen particular énfasis –desde una perspectiva “democrática y progresiva”– en los hechos tangibles, siendo de su consideración que otro tipo de acercamiento metodológico no puede ser juzgado como histórico. Eran especialmente críticos con las maniobras diplomáticas niponas y su posterior agresión directa en Asia y Corea en particular, así como, en la explotación y opresión del pueblo coreano por la élite burocrática, capitalista-industrial y la policía colonial. En líneas generales, podemos decir que sus narraciones pretendían visibilizar la oposición y resistencia democrática a las agresiones por parte de socialistas y cristianos japoneses (Ibíd., 28-31).

Hacia los años 50, intelectuales como Hatada Takashi y Yamabe Kentaro– miembro del Partido Comunista Japonés– fueron de los primeros en formar parte de una rama de estudios especializados en historia coreana que se contraponía a la corriente encabezada por estudiosos de la Universidad Imperial de Keijô como Shikata Hiroshi, políticamente más cercanos a adoptar una visión particularmente japonesa en los estudios sobre Corea (Ibíd., 38).

Hatada Takashi fue uno de los encargados en establecer nuevas asociaciones de investigación como el *Chosenshi Kenkyukai* (朝鮮史研究会) o “Sociedad Investigadora de la Historia de Corea” sobre el período colonial en Corea. Graduado de la Universidad Imperial de Tokio, formó parte de la de la élite burocrática previa y de durante la guerra

a partir de su trabajo en la *Research Bureau of the Southern Manchurian Railway Company*. Afiliado a la Universidad Metropolitana de Tokio, proponía una investigación de mutua colaboración en conjunto con intelectuales coreanos y *zainichi*, con tal de evitar repetir aquellos errores o distorsiones históricas propias de las corrientes formadas exclusivamente por investigadores japoneses que habían predominado la historiología japonesa-coreana hasta entonces, y con objeto de combatir las actitudes negativas y de discriminación hacia los residentes coreanos (Ibíd., 40-47). Como comenta Dennehy (2002: 45), sus publicaciones resultaron ser una continuación de la historiografía dominante durante la administración colonial, en tanto que muchas de las fuentes secundarias usadas eran íntegramente del período colonial, de este modo “Hatada’s analysis was more of a mixture of implicit praise for the modern nature of changes introduced by the Japanese authorities, albeit combined with an acknowledgement of the hardships endured by many Korean people”.

En contraste con lo anterior, Yamabe Kentaro –activista comunista durante los años bélicos y miembro destacado del *Chosenshi Kenkyukai* (朝鮮史研究会)– fue particularmente crítico con la obra de Hatada, argumentando que la historia colonialista nipona debería ser una narración de la agresión, tanto del imperialismo estadounidense como del japonés, siguiendo una metodología que se base fundamentalmente en la investigación de fuentes primarias (Ibíd., 55-57).

Hacia la década de los 1960, la principal corriente de investigación sobre el periodo colonial es focalizada alrededor del “Instituto Japonés de Estudios Coreanos” o *Nihon Chosen Kenkyujo* (日本朝鮮研究所), en el cual Hatada fue un ávido colaborador (Ibíd., 60-61). En palabras de Dennehy (2002:66), entre sus conclusiones destacan:

“They contended that it was not enough just to reflect on the terrible things Japan did in Korea. The next step had to be an acknowledgement of the weakness of Japanese culture in the face of American hegemony. Even though the Japanese were not being robbed of their culture as blatantly as the Koreans had been during the colonial period, in essence the process was similar.”

Historiografía euro-norteamericana

En tercer lugar, se incidirá en la historiografía euro-norteamericana en lengua inglesa. Cabe destacar que las contribuciones de autores anteriores, como Hatada o

Yamabe, no se han tenido en cuenta ni tratado en la mayoría de las narraciones históricas de postguerra en lengua inglesa.

En concordancia con el análisis de Andre Schmid (2000) sobre la historiografía en lengua inglesa del colonialismo nipón, una de las orientaciones metodológicas predominantes se suelen centrar en una forma de “nation-centered history”, en la cual se adopta terminología previamente utilizada durante el periodo colonial para referirse al territorio nipón como *naichi* (内地) o “territorio interior” y a sus colonias como *gaichi* (外地) o “territorio exterior” (Schmid, 2000: 954).

Si bien, antes de examinar la producción historiográfica euro-norteamericana de las últimas décadas, hemos de incidir en las obras primerizas de George Sansom (1950) o Marius Jansen (1954), cuyas perspectivas visiblemente eurocéntricas constituyen a “Occidente” como el principal factor que determina la narración histórica del Japón moderno (Ibíd., 952-955).

Posteriormente, en 1984 con la publicación del libro *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945* –editado por Ramon Myers y Mark Peattie–, Schmid (2000: 961) valora que el enfoque adoptado por las principales corrientes historiográficas euro-norteamericanas no eran suficientemente críticas con las premisas legitimadoras del colonialismo nipón, asimismo:

“Peattie’s piece reflects two of the broader tendencies in much of the early English language writing on the Japanese empire: a metrocentric perspective and an insufficiently critical approach to the modernizing claims of colonial officials. The consequence is a form of history that comes unwittingly close to legitimizing and heralding the pre-1931 stages of colonial rule.”

Siguiendo el criterio anterior, la influencia del *orientalismo* de Said (1978) y de las teorías poscoloniales, marca un giro drástico en las formas convencionales de aproximación a la historia –que confluyen en los ejes de política, economía y marcos institucionales– para introducir una perspectiva antropológica, social o de género. Autores como Gluck (1985), Fujitani (1996) o Vlastos (1998) subrayaron la capacidad del nacionalismo para crear un prototipo histórico y una memoria grupal que naturalice y omita la historicidad de la nación (Ibíd., 952-953).

En la actualidad, algunos de los especialistas más destacables que tratan el tema del pasado colonial y la historia *zainichi* vienen a ser; David Chapman cuya obra *Zainichi*

Korean Identity and Ethnicity (2008) debate sobre la historiografía *zainichi* concluyendo que “much of the *zainichi* discussion on colonialism has been in the form of discourses reflecting the binary or dichotomy of self and other, colonizer and colonized (Japan and Korea), at a national-identity level often centering on state-based relationships of power.” (Chapman, 2008:84). Por lo tanto, entendemos que el autor intenta alejarse de la anteriormente mencionada dicotomía para una adyacencia a los métodos y teorías poscolonialistas y deconstruccionistas.

Simultáneamente, Michael Weiner (1994, 1997) –profesor de historia de Asia Oriental y estudios internacionales en la Soka University of America– es un académico reconocido por sus varias publicaciones sobre la comunidad *zainichi* y las migraciones producidas durante el Japón imperial y moderno a partir de dos de sus obras más destacadas: *Race and Migration in Imperial Japan* (1994) y *Race, Ethnicity and Migration in Modern Japan* (2005) –publicadas en tres volúmenes. Seguidamente, John Lie –profesor de sociología en la Universidad de Berkeley– es otro de los académicos más prestigiosos que ha tratado la cuestión *zainichi* en múltiples publicaciones, la última de las cuales, *Zainichi (Koreans in Japan): Diasporic Nationalism and Postcolonial Identity* (2008) es tratada en este trabajo.

Tessa Morris-Suzuki (2008, 2009) –profesora de la Universidad Nacional de Australia– aporta una perspectiva crítica en cuanto a la cuestión *zainichi*, sobre todo en el campo de las repatriaciones de postguerra. Por su parte, Sonia Ryang –profesora de antropología y estudios internacionales en la Universidad de Iowa– recoge en su obra *Diaspora without a Homeland: Being Korean in Japan* (2009) junto con John Lie, los aspectos más polémicos en torno al tema *zainichi* y sus afiliaciones políticas con el norte o sur de Corea.

William Underwood (2006) –coordinador de *Japan Focus* y profesor del Instituto Tecnológico de Kurome– ha publicado numerosos artículos académicos en relación a las repatriaciones, compensaciones y las disputas legales de los trabajadores forzosos coreanos contra empresas como Mitsubishi Corp. Por último, Mark E. Caprio (2009) es profesor de la Universidad de Rikkyo en Tokio y autor de *The Japanese Assimilation Policies in Colonial Korea, 1910-1945* (2009), entre otras publicaciones que tratan la formación de la diáspora *zainichi* en Japón.

1.2.Contexto socioeconómico de Corea como colonia japonesa: primeras migraciones y sus períodos

La anexión de Corea dentro del imperio nipón era legitimada según varias teorías nacionalistas y colonialistas que justificaban dicho avance territorial, como comenta Sonia Ryang, “Korea at the time of its colonial annexation was represented in Japanese public discourse in general and travel literature in particular as a deteriorated, dwindling, and corrupt kingdom, which could be saved only by the divine intervention of the Japanese emperor” (Ryang & Lie, 2009: 5). En efecto, su anexión al imperio se respaldaba siguiendo tres hipótesis concretas, la primera de las cuales –*teitaiseiron* o 停滯性論– reiteraba el estancamiento y atraso de su economía. La segunda, *nissen dôsoron* o 日鮮同祖論, suponía que las etnias japonesa y coreana tenían antepasados comunes. Por último, la teoría de la dependencia histórica de Corea y la conjetura que, junto con Manchuria, formaban un mismo territorio –*taritsuseiron* o 他律性論 y *man-senshikan* o 滿鮮史觀, respectivamente (Dennehy, 2002: 41). Todos estos preceptos parecían legitimar el poder progresivamente adquirido por el imperio nipón a partir de la apertura de Corea al comercio el 1876, el posterior protectorado y final anexión del país –con la instauración del gobierno colonial e implementación de reformas estructurales en todos los ámbitos (Ibíd., 76).

Consideremos ahora algunas de estas reformas estructurales, en ámbito socioeconómico, desarrolladas en el período colonial *de facto* (1910-1945).

En primera instancia, se llevó a cabo la expropiación de tierras de cultivo estatales exceptuando aquellas de propiedad privada que, en su mayoría, se encontraban en manos de la aristocracia. La cuestión de los terrenos en dominio del estado –propiedad del rey, de las municipalidades o de los templos y escuelas– se centraba en que estos estaban arrendados a propietarios individuales que se reservaban el derecho a heredar o a venderlos. Por su parte, las propiedades de los templos y escuelas eran cultivadas en el conjunto de sus miembros (Chung, 1984: 78).

Acto seguido, los agricultores que –en la práctica– eran propietarios de las tierras que cultivaban se vieron desposeídos de ellas. Por el contrario, solo aquellas propiedades en manos de la aristocracia fueron registradas oficialmente. De manera similar, fue prohibido el acceso –con ganado o con el fin de recolectar plantas– a aquellos bosques u praderas que antiguamente eran propiedad comunal (Ibíd., 79-80).

Simultáneamente, el gobierno colonial favorecía especialmente las inversiones por parte de empresas niponas, capitalistas privados o agricultores japoneses recién llegados a la colonia. Estos últimos representaban el 48% del total de japoneses residiendo en el medio rural, frente a un 52% en el medio urbano el año 1927 (Ibíd., 80-84).

Una de las empresas a destacar es la *Tôyô Colonial Development Company* (en su abreviación, *Tôshoku*) que fue establecida en 1908 a partir de la creación de una nueva legislación en la Dieta Imperial cuya intención formal era introducir tecnologías agrícolas modernas en Corea mediante el asentamiento de agricultores japoneses. Esta empresa fue fundada con fondos privados –de inversores coreanos y japoneses– así como públicos. Como respuesta a la presión nipona, el gobierno coreano de ese entonces se vio en la obligación de contribuir monetariamente en su creación, sin embargo, debido a la falta de fondos públicos esta aportación se tradujo en la cesión de tierras estatales que pasarían a formar parte de la recién instituida compañía. Por su parte, *Tôshoku* era la encargada de administrar todas las tierras de cultivo en su poder con objeto de asegurar el territorio necesario para una colonización que se llevaría a cabo mediante el reclutamiento o reasentamiento de coreanos y japoneses, e incluso proporcionando préstamos a aquellos japoneses que quisieran asentarse en la colonia (Lee, 1981: 33). Según comenta Chung (1984: 82) “[t]he rapid increase in land investment in Korea by Japanese capitalists was due to the low land prices in Korea and the high return obtainable from land investment through high rents”.

En segunda instancia, Corea se convertiría en el principal productor y exportador de arroz para abastecer la metrópoli, siguiendo las estipulaciones del *Foreign Rice Management Ordinance* promulgado en 1918. Las motivaciones principales detrás de este proyecto que convertiría a Corea como territorio de aprovisionamiento, respondían a las carencias de arroz que se daban en ese momento en Japón, además, la especie de arroz cultivada en Corea era similar al propio y los costes de producción resultaban relativamente más bajos. Años más tarde, en 1920, se instauró un segundo plan llamado *Rice Increase Plan* que –como su nombre indica– trataba de aumentar las cantidades de exportación de este producto básico de subsistencia. Este plan tuvo varias fluctuaciones puntuales consecutivas a su instauración, como por ejemplo en los años 1925 o 1934, cuando la sobreexportación de arroz a la metrópoli provocó una caída en los precios del mercado (Chung, 1984: 92-93).

Esta situación provocó que el consumo nacional de arroz en Corea disminuyera drásticamente, teniendo en cuenta que el arroz representaba los impuestos arrendatarios de pequeños agricultores. Por el contrario, las importaciones de cereales alternativos al arroz fue en aumento, de este modo Chung (1984:97) relata que “[t]his export of essential rice from Korea to Japan during the colonial period has been described as forced or starvation exports”. Asimismo, se estima que un 62% de los arrendatarios y agricultores se encontraban en una situación de extrema pobreza, con unos niveles generales de consumo alimenticio por debajo del mínimo requerido para una dieta adecuada (Ibíd., 104).

Por consiguiente, se produjeron varios patrones migratorios inter-provinciales e internacionales –en su mayoría por razones económicas y con un carácter temporal más que permanente– en varias fases que comentaremos más adelante: la primera en el período de 1910-1924 y la segunda a partir de 1925 hasta 1938 (Chung, 1984: 133; Weiner, 1994: 111). También se ha incidir en que esta primera oleada migratoria no solo se ha de restringir a una narrativa que victimiza⁵ a los agricultores coreanos en su expulsión involuntaria de la *patria*, puesto que excluye otros factores como puede ser la decisión individual a emigrar. Rands (2011: 127-128) argumenta que este tipo de migración se puede entender como una serie de sistemas en constante cambio que se fusionan e impactan mutuamente, por lo que, no solo las políticas niponas impactaron los agricultores coreanos sino que también sucedió a la inversa.

El perfil de los emigrantes en términos de motivos para la emigración, origen provincial y pautas de empleo o asentamiento en Japón, nos habla de una experiencia común: se convertirían en empleados –mano de obra barata– en los sectores industriales metalúrgicos y mineros, entre otros. Sin embargo, hemos de incidir en el hecho que había excepciones a este patrón, como por ejemplo la migración por motivos de estudio, propia

⁵ Rands (2011: 127) ilustra las consecuencias de caer en la falacia de retratar los hechos históricos mediante la subjetividad de la propia victimización en su cita de Ien Ang (2001:21) cuyas palabras definen esta tendencia de la siguiente manera:

“Often, the narrativization of victimization and victimhood on the public stage marks an important moment of self-empowerment for previously subordinated or oppressed peoples, paving the way for efforts to redress past injustice and present disadvantage [...] But in their very proliferation, discourses and narratives on victimhood can also have less desirable effects, not just in fact, or in moral or political terms, but because they fail to provide subjects in history with a complex and evenhanded sense of their own past, one that is appropriate for the conditions of present.”

de personas pertenecientes a un rango más elevado en la escala social colonial. También es interesante plantearnos la observación hecha por Weiner (1994: 111) en referencia a la aparente temporalidad de la migración coreana a Japón y cómo esta percepción será clave en el asentamiento y desarrollo de esta comunidad;

“As in the case of their predecessors, the Korean presence would be regarded as temporary in nature, and this impression was largely shared by the immigrants themselves. It remained, to a certain extent, a community of sojourners, fluid in composition, yet, in its visibility throughout Japan, the Korean community was permanently present.”

En la primera etapa migratoria de 1910 a 1924, la migración a Japón destacaba por su escasez: hasta el 1916 la media anual de inmigrantes coreanos entrando en el país era aproximadamente de 1,000 a 2,000 personas. Esta cifra sufre un incremento dramático con el inicio de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que trajo consigo un crecimiento económico espectacular junto con una rápida industrialización, por lo que la demanda de trabajadores fue proporcional (Lee, 1981: 34).

En el año 1911, *Settsu Bôshoku Kitsugawa Kôchô* —una empresa textil de Ôsaka— fue la primera en importar trabajadores coreanos a sus fábricas. Inmediatamente otras empresas del país siguieron su ejemplo, por lo que el envío de agentes reclutadores a las zonas más empobrecidas de la colonia fue convirtiéndose en el método habitual de reclutamiento y migración. En esta primera fase, los trabajadores reclutados eran mayoritariamente empleados en las industrias de Ôsaka y Kobe (Ibíd., 35).

De este modo, la cifra de inmigrantes coreanos —que en 1916 había sido de 5,638— se triplica al año siguiente con 14,501 personas. Junto con ello, nuevos trayectos marítimos que conectaban la isla de Jeju con Ôsaka favorecían el establecimiento de comunidades *zainichi* procedentes de esta región a las afueras de Ôsaka, contiguas a la zona industrial. Siguiendo el mismo patrón, muchos de los agricultores migrantes provenían de las provincias que hoy en día se conocen como Kyongsangnam-do y Chollanam-do, creando una movilización interregional en cadena que se tradujo en enclavamientos específicos de coreanos con un mismo origen provincial (Chapman, 2008: 17).

Hacia el 1920, encadenada con el boom económico de postguerra prosiguió una crisis que no consiguió disuadir el creciente flujo de inmigración coreana. Posteriormente, a consecuencia del Gran Terremoto de Kantô en 1923 —cuando la población *zainichi* había

llegado a los 80,000– se desató la violencia y masacre contra los residentes coreanos instigada por el mismo gobierno. Cabe comentar que esta agresión, que trataremos detalladamente en apartados posteriores, respondía a un contexto social en el que el miedo y la animosidad hacia una comunidad foránea, percibida como peligrosa e incluso “inferior” –contra la cual se competía por los puestos de trabajo disponibles– fueron llevados a límites insospechados (Lee, 1981: 36).

Tabla 1. Número estimado de coreanos residentes en Japón, 1909-1925

Año	Población coreana en Japón
1909	790
1910	-
1915	3,989
1916	5,638
1917	14,501
1918	22,262
1919	28,272
1920	30,175
1921	35,876
1922	59,865
1923	80,617
1924	120,238
1925	133,710

Fuente: Naimushô, Keihôkyoku Report, 1945 en Lee Changsoo (1981). “Table 3 The Migration of Koreans in Japan” (reproducción parcial) en *Koreans in Japan: ethnic conflict and accommodation*. Berkeley: University of California Press, p. 37.

Tal y como podemos observar en la anterior Tabla 1, a partir del 1923 y a pesar de la masacre de miles de coreanos en ese mismo año, las cifras de inmigrantes irán en aumento hasta que en 1925 este número llegaría hasta las 133,710 personas.

En la segunda etapa: de 1925 hasta 1938, en comparación con la primera fase migratoria, destaca el intento de control del flujo migratorio por parte del gobierno colonial en base a los sucesos del 1923 y la aparición de lo que sería considerado el “problema coreano”. Las restricciones de entrada en el país fueron puestas en marcha el octubre de 1925 y afectaban principalmente a los puertos de salida en Corea y los de entrada en Japón. Los parámetros de estas políticas estaban bajo responsabilidad e intervención de la policía colonial, no obstante se establecieron cinco criterios según los cuales se prohibía la entrada al país a (Weiner, 1994: 120):

- a) Aquellos individuos que no hayan sido reclutados por agencias legales
- b) Individuos que no tengan trabajo definitivo en Japón

- c) Aquellos individuos sin un nivel de comprensión adecuado de la lengua japonesa
- d) Aquellos individuos que no dispongan de un mínimo de 10 yenes exclusivamente para gastos de viaje
- e) Adictos a la morfina

A partir de 1927, los requerimientos anteriores se intensificaron, con la obligación de presentar una copia del registro censal y una carta de autorización firmada por las autoridades policiales del puerto de salida. El año siguiente, más restricciones fueron implementadas, como por ejemplo aportar una carta de presentación hecha por la policía colonial del municipio de pertenencia, además, la cantidad monetaria pasó a ser de 60 yenes y el requerimiento del idioma fue suprimido. Estas restricciones a la migración deben ser contextualizadas en un marco mundial en el que *a posteriori* de la Primera Guerra Mundial, que trajo consigo inestabilidad social y múltiples crisis económicas, junto con otros factores que se entrelazaron con las emergentes políticas migratorias y convergieron en la aplicación de más limitaciones y regulaciones al influjo de inmigración –tanto en Europa como en el Atlántico– “as never before by political developments and state-determined conditions” (Bade, 2003: xii).

Hacia el 1929, con objeto de reducir la inmigración ilegal, las autoridades en Japón proporcionaron permisos de re-entrada a aquellos *zainichi* que quisieran visitar Corea. Como comenta Weiner (1994: 121), “[t]hese measures were clearly intended not only to screen for political dissidents, but also reduce competition between Japanese and Koreans for scarce resources, in this case jobs”. Siguiendo esta conjetura, entre 1927 y 1932, las altas tasas de desempleo eran consecuencia directa de graves crisis en la estructura económica nipona, empezando por la bancaria, que fueron agravándose aún más con la Gran Depresión (Ibíd., 120-121). Asimismo, como veremos en la siguiente Tabla 2, las fluctuaciones en el número de inmigrantes coreanos llegados a Japón continuaron creciendo, tanto por medios legales como ilegales y fueron agrandando –consiguientemente– las comunidades *zainichi* entre los años 1925 y 1938.

Tabla 2. Número estimado de coreanos residentes en Japón, 1925-1938

Año	Estimación A	Estimación B
1925	187,102	129,870
1927	246,515	165,286
1929	387,901	275,206
1930	419,009	298,091
1932	504,176	390,543
1934	689,651	539,695
1936	780,528	690,501
1938	881,347	799,878

Fuente: Estimate A – J.I. Pak, *Zainichi Chôsenjin ni kansuru Sôgô Chôsa Kenkyû* (A Comprehensive Investigation of Korean Residents in Japan), Tokyo, Shin Kigensha, 1979, tables appearing on pp. 15, 18, 28, 29. Estimate B – SUJ, 1940, pp. 1130-1132, in ZKSS, Vol. 4, pp. 368-370. En Weiner, Michael (1994). “Table 4.5. Estimated number of Koreans residing in Japan, 1925-1938” *Race and migration in Imperial Japan*. London: Routledge, p. 122.

Como podemos observar en la anterior Tabla 2, hacia el 1938 –según las fuentes que se consulten– había un total de 881,347 o 799,878 coreanos residiendo en Japón. Como también hemos mencionado en apartados previos, a partir del 1925 muchos de los inmigrantes coreanos llegados a Japón compartían un mismo perfil socioeconómico y –en muchos casos– se trataba de agricultores o granjeros con altas tasas de analfabetismo. Para ser más específicos, según una encuesta nacional de 1936, de un total de los 600,000 *zainichi* encuestados, un 55% resultaron ser analfabetos tanto en idioma coreano como japonés (Weiner, 1994: 123).

Estos inmigrantes coloniales sobrevivían como obreros –sin cualificar y mal pagados– en industrias localizadas en las mayores urbanizaciones industriales del país. En términos de distribución demográfica, Ôsaka encabezaba la lista como uno de los epicentros comerciales y de manufactura preeminentes de esa época. Como podemos observar a continuación, Ôsaka fue conformándose como una de las prefecturas donde se encontraba la comunidad *zainichi* más amplia y estable. Ilustraremos lo dicho en la Tabla 3, con una estimación de la población coreana distribuida por prefecturas y en función de los centros industriales o urbanos, en el marco temporal de 1926 hasta 1938 (Ibíd., 124).

Tabla 3. Estimaciones de la población coreana por prefecturas, 1926-1938

Prefectura	1926	1930	1934	1938
Ôsaka	33,521	69,181 *(93,993)	171,160	241,619
Tokio	12,160	30,260 (38,355)	44,405	64,321
Hyôgo	8,489	15,551 (26,121)	36,108	78,250
Kioto	7,646	16,212 (27,785)	34,166	53,446
Aichi	9,897	23,143 (35,301)	43,396	61,654
Fukuoka	13,286	25,039 (34,639)	36,115	60,105
Yamaguchi	6,036	10,113 (15,968)	24,256	45,439
Kanagawa	6,728	8,859 (13,181)	13,073	16,663
Hiroshima	4,020	6,951 (11,136)	18,311	24,878
Hokkaidô	4,374	9,551 (15,560)	8,976	12,063
Otros	41,856	73,267 (104,020)	108,729	141,440
Total	148,011	288,127 (419,059)	538,695	799,878 **(881,347)

Nota: Los números marcados con * y entre paréntesis son cifras pertenecientes a un censo nacional del 1930. La figura marcada con ** es la estimación del año 1938 citada en J. I. Pak, op. cit., p. 29 (Ibíd., 125). Fuente: Weiner, Michael (1994). "Table 4.8 Estimates of the Korean population by prefecture, 1926-1938" en *Race and migration in Imperial Japan*. London: Routledge, p. 125.

De manera semejante a la primera generación *zainichi*, sus predecesores fueron dedicándose a trabajos precarios en la construcción, minería, industria textil o en pequeñas y medianas fábricas. Weiner (1994: 127) discute que un análisis más contundente de la distribución laboral de la comunidad *zainichi* es dificultoso por varias razones: la primera, debido a la frecuente movilidad laboral de los trabajadores –factor que impide la realización de censos precisos. En segundo lugar, la categorización de “sin empleo” era ampliamente utilizada y, en último lugar, la terminología usada en los censos

municipales variaba según la provincia. Hecha esta salvedad, la proporción de coreanos empleados bajo la categoría de “trabajo manual”—que en 1928 rozaba el 72%—cayó súbitamente hasta un 44% en 1936. Asimismo, en la categoría de desempleados, las cifras subieron desde un 18,4% a un 36% en el mismo período. En la misma línea, los trabajadores *zainichi* representados en las dos categorías anteriores —obreros no cualificados y desempleados— sumaban un total del 80% durante la misma etapa, entre 1928 y 1936 (Ibíd., 127).

En el siguiente apartado trataremos el cambio hacia la migración involuntaria y los procesos de reclutamiento laboral forzados que se dieron en Corea durante los años 1939 y 1945.

1.3. Conscripciones durante el período bélico y procesos de reclutamiento, 1939-1945

Hacia el septiembre de 1937, con la entrada oficial de Japón en la guerra de China y Pacífico, su industria pesante fue expandiéndose en concordancia con las demandas de una economía de guerra. Las principales asociaciones industriales de carbón, como por ejemplo la *Chukuhô Coal Industry Assotiation*, empezaron a hacer peticiones al gobierno para que pudieran procurar mano de obra coreana, permitir el trabajo femenino en las minas y relajar las restricciones en la jornada laboral (Dennehy, 1984: 138; Smith, 2000: 224; Smith, 1999: 225). Tal y como indica Smith (1999: 225), “[m]ines nationwide made plans to augment their work forces with Koreans and women, and issued initial projections in October 1937 of the numbers they hoped to obtain”. Sin embargo, debido a las tensiones burocráticas dentro del gobierno, no fue hasta el 1938 que la Dieta aprobó la *National General Mobilization Law*, estableciendo el control estatal sobre los recursos materiales y de empleo, por lo que toda la población nipona era susceptible al llamamiento a la “movilización total” —o *sôdôin* 総動員— (Smith, 1999: 226; Nakano, 1997:2). Siguiendo esta pauta legal, se aprobó en 1939 un plan de movilización laboral en Corea mediante el cual unos 85,000 coreanos fueron movilizados en el periodo de 1939 y 1940, para desempeñar trabajos en la minería y construcción. Según estos datos, la industria minera se benefició de 24,279 trabajadores tan solo durante el 1939, mientras que otros 5,042 fueron asignados a trabajos metalúrgicos y 9,379 en la construcción (Smith, 1999: 226).

Será preciso mostrar la importancia de la industria minera en la economía bélica nipona, que se ve claramente reflejada en la asignación de –aproximadamente– la mitad de coreanos movilizados en las minas de carbón, llegando a una cifra de 136,825 en febrero de 1945, y conformando así el 32,1% del total de trabajadores de la industria. En torno a esta industria, se ha de subrayar para futuras referencias, el involucramiento del estado junto con las grandes empresas mineras en la importación forzada de miles de trabajadores coreanos de la colonia. Fueron estas mismas empresas las encargadas de formar un lobby de presión al estado con el objetivo de iniciar u agilizar el proceso legislativo necesario para los planes de movilización. En la actualidad, estas corporaciones afirman haber seguido únicamente las directrices estatales en el recibimiento de trabajadores coreanos forzados, dejando caer la responsabilidad en manos del gobierno. Por el contrario, el gobierno lo contradice argumentando que la responsabilidad es exclusivamente de las empresas (Smith, 2000: 225).

Desde un primer momento, la movilización de mano de obra coreana estaba íntimamente vinculada a la expansión militar nipona en el continente asiático. Antes del estallido de la Segunda Guerra Sino-Japonesa, el objetivo primordial de la política laboral en Corea era facilitar el desarrollo industrial en las provincias norteñas del país. Siguiendo el hilo de los hechos, a partir de 1937 y particularmente después de 1941, la creciente demanda de obreros industriales en Japón agravó la situación en Corea, que –simultáneamente– había de movilizar su población en proyectos industriales autóctonos y en la producción agrícola. El mismo Gobernador General de ese entonces –Minami Jirô– propuso en 1938 transformar a Corea en una “base militar avanzada de abastecimiento”⁶ para continuar con la agresión nipona en su expansión por Asia (Nakano, 1997: 3-4).

Los mecanismos utilizados en la ejecución de esta movilización masiva se podrían dividir en tres fases incrementalmente coercitivas, la primera de las cuales era *shûdan boshû* o “reclutamiento grupal” que se desarrolló durante el septiembre de 1939 hasta marzo de 1942; la segunda llamada *kan assen* o “por ordenamiento oficial” fue puesta en marcha el marzo de 1942 hasta agosto de 1944; la última, *chôyô* o “conscripción” fue

⁶ Mediante un eslogan, con la frase: “*zenshin heitan kichi* o 全身兵站基地” que se podría traducir por “base militar avanzada de abastecimiento” (Nakano, 1997: 3-4).

llevada a cabo desde agosto de 1944 hasta el final de la guerra, el agosto de 1945 (Smith, 1999: 229-230).

La alternación de una fase a otra era en función de los cambios producidos en el marco legal oficial y responden al nivel de coerción ejercida, si bien, es muy probable que muchos de los trabajadores forzosos no fueran conscientes del sistema de reclutamiento mediante el cual fueron movilizados. Además, en las tres fases de movilización se puede percibir cierta propensión donde la clase social jugaba un papel determinante en la predisposición a ser conscripto, en efecto, aquellas personas en posiciones socioeconómicas bajas fueron de las primeras en ser movilizadas. En cambio, aquellas personas con lazos cercanos a la burocracia colonial podían ser exentas de ello. De modo semejante, aquellos individuos con conocimientos lingüísticos del japonés eran asignados en posiciones superiores o de responsabilidad (Ibíd., 231).

***Shûdan Boshû* (集団募集形式⁷) o fase de reclutamiento grupal, 1939-1941**

Durante este período, la burocracia colonial japonesa en Corea asignó áreas específicas de reclutamiento a diversas compañías niponas. Estas zonas eran controladas por oficiales locales, que eran los encargados de buscar y agrupar posibles trabajadores para que –posteriormente– los funcionarios o los reclutadores de las compañías dieran su aprobación y así proceder con la movilización. Esta práctica fue calificada –*a posteriori*– por parte de algunos oficiales japoneses de ser un proceso de reclutamiento voluntario, sin embargo, el carácter voluntario de este queda entredicho una vez clarificada la preeminencia policial y de otros oficiales coloniales que presionaban al máximo a los reclutas con tal de cumplir con las cuotas de trabajadores a movilizar, que eran establecidas por las empresas. Entendemos, por lo tanto, que la coerción fue impuesta de manera sutil, no obstante, también abundan narraciones de individuos que fueron raptados violentamente, privados de su libertad y enviados a Japón (Smith, 2000:225).

Hay que mencionar, además, que hacia el 1940 se implementaron –desde el gobierno– medidas que “facilitaran el uso” de trabajadores coreanos. Estas consistían en programas de asimilación cultural dirigidas a instruir a los movilizados con el objetivo de promover la “harmonía” entre los trabajadores coreanos y japoneses. Por otro lado, se

⁷En este trabajo utilizaremos los conceptos de: *Shûdan Boshû*, *Kan Assen* y *Chôyô* según su uso académico en lengua inglesa y pondremos en paréntesis su equivalente académico en japonés, por lo que la romanización de los caracteres puede que no coincida de manera exacta. De este modo, 集団募集形式 se romanizaría como *shûdan boshûkeishiki* y 徴用令方式 como *chôyôrei hôshiki*.

expandieron el número de policías en las ciudades de Pusan y Shimonoseki, los principales puertos mediante los cuales se trasladaban a los movilizados. Asimismo, según una orden gubernamental de 1939, una vez llegados a las fábricas de destino, eran estas últimas las encargadas de controlar firmemente a los trabajadores conscriptos y prevenir su huida (Ibíd., 225).

Como hemos comentado anteriormente, la industria minera fue una de las grandes iniciadoras y –consiguientemente– beneficiadoras de estos procesos de movilización masiva. Desde la fase inicial de reclutamiento en 1939, las proporciones de trabajadores coreanos fueron en constante aumento, esta tendencia es ejemplificada en el caso de empresas como Kajima, Meiji o Sumitomo (Ibíd., 227). Si bien, la participación de Mitsubishi fue destacable teniendo en cuenta que –durante los meses de abril y noviembre de 1939– la proporción de empleados coreanos en sus minas extendidas por todo el territorio nipón se vio multiplicada. Del mismo modo, estas cifras aumentaron progresivamente hasta el 1940, cuando su promedio nacional llegaba al 25%, tal y como podemos observar en la siguiente Tabla 4.

Tabla 4. Porcentaje de trabajadores coreanos en las minas de Mitsubishi, 1939-1940

Minas de Chikuhô	Abril 1939	Noviembre 1939	Mayo 1940
Shinnyû	5	7.8	15.1
Namazuta	0.4	3.3	10.6
Hôjô	0.5	4.7	14.2
Kamiyamada	0.3	6.9	16.5
Iizuka	14	18.3	24.2
Otras minas de Kyûshû			
Takashima	15	12.7	26.2
Katsuda	3.3	3.8	13.2
Sakito	11.2	24.1	30.7
P. Kyûshû	7	12.4	20.5
P. Hokkaidô	2.5	18.4	38.4
P. Sakhalin	-	-	19.1
P. Nacional	5.2	12.8	25

Nota: Utilizamos “P” como abreviación de promedio. Fuente: Smith, William D. (1999). “Table 5.1: Koreans as Percentage of Mitsubishi Miners” en *Ethnicity, Class and Gender in the Mines: Korean Workers in Japan's Chikuhô Coal Field, 1917-1945*. University of Washington: ProQuest Dissertations and Theses, p. 228.

***Kan Assen* (官斡旋) o fase de reclutamiento por ordenamiento oficial, 1942-1944**

Con la expansión de la guerra en el Pacífico a raíz del bombardeo de Pearl Harbor en 1941, se puso de manifiesto la necesidad de reforzar la economía bélica japonesa mediante una intensificación del proceso de movilización de trabajadores coreanos. Teniendo en cuenta que la pauta de reclutamientos establecida por el gobierno en 1941 era de 77,071 personas a reclutar, en 1942 fue alzada hasta las 121,320. Las dificultades de alcanzar estas pautas siguiendo el anterior método de reclutamiento –*shûdan boshû*– eran evidentes por lo que en marzo de 1942 fue implementado un medio de movilización más sistemático y centralizado (Smith, 1999: 239).

El nuevo sistema *kan assen*, cuyo término se podría traducir como “ordenamiento oficial”, consistía en que las empresas niponas dirigían sus peticiones detallando la cantidad de mano de obra deseada directamente a la Asociación Laboral Coreana o *Chôsen Rômu Kyôkai* –朝鮮労働協会 (CRK)– con base en el gobierno colonial de Seúl. Esta asociación era la encargada de ponerse en contacto con las administraciones locales, cuyo cometido era buscar y reclutar individuos a cambio de un beneficio estimado de 11 yenes por trabajador (Ibíd., 240).

En una primera aproximación, podemos ver que los métodos coercitivos de este nuevo sistema implementado continuaban en las mismas pautas que en años anteriores, sin embargo, a partir de 1940 era cada vez más difícil conseguir reclutar altas cifras de trabajadores debido a varios factores. Entre ellos, se encontraba el hecho que la población coreana era cada vez más escéptica a las promesas de una vida mejor en Japón como consecuencia de las historias de amigos o familiares que circulaban hasta Corea. Es más, la disponibilidad de trabajos en la agricultura e industria local suponía otra circunstancia según la cual se intentaba evitar la movilización a Japón (Ibíd., 141).

De manera que los reclutamientos se realizaban coactivamente mediante convocatorias públicas organizadas por las administraciones locales en las que los asistentes eran enviados directamente a Japón. En concordancia con estas prácticas, en una primera etapa se llegó a cumplir con las pautas establecidas desde el gobierno. No obstante, a partir de 1943 las expectativas de movilización quedaron entredichas por una caída drástica en el número de personas reclutadas por motivos como “[...] to both the increasing scarcity of able-bodied workers left in Korea and the colonial government’s declining authority” (Smith, 1999: 244). Como resultado, la escasez de mano de obra en

la industria minera nipona influyó directamente en su productividad en tiempos especialmente críticos como en el año 1944 (Ibíd., 245).

Chôyô (徴用令方式) o período de conscripción, 1944-1945

La ineffectividad de los métodos anteriores en abastecer la industria japonesa de mano de obra coreana en su momento más crítico fue encarada con la adopción del sistema más abiertamente coercitivo hasta entonces, la conscripción. El sistema de conscripción fue implementado el septiembre de 1944, siguiendo los preceptos de la *National Conscription Law* propulsada en 1941 y mediante la cual muchos otros coreanos fueron conscriptos –en primera instancia– a la armada japonesa a partir del 1942. El siguiente año, aquellos movilizados en las compañías e industrias niponas fueron oficialmente conscriptos a sus puestos en base a la *War Industries Law*, lo que viene a ser, se les prohibió abandonar sus puestos de trabajo bajo ninguna circunstancia (Smith, 1999: 244-245).

Esta vez la movilización de población coreana había sido delegada a los oficiales coloniales, que ordenaban indiscriminadamente la conscripción de individuos. Según comenta Smith (1999: 245), [w]hen that was insufficient, local officials would sometimes drive into the rice fields during the day or barge into houses in the middle of the night, throw men onto trucks, form groups and send them to Japan”. Estos métodos de coacción directa despertaron resistencia en el pueblo coreano: eran recurrentes los confortamientos con la policía u otros oficiales, además, muchas personas se escondieron en las montañas, huyeron hacia otras provincias o incluso se auto-mutilaron para evitar la movilización (Ibíd., 246).

El rendimiento de Japón el agosto de 1945, puso fin al período oficial de conscripción en Corea. Este último sistema de movilización oficial –que llegó a durar un año– tampoco consiguió abastecer la creciente demanda de trabajadores de una economía bélica nipona que estaba colapsando desde su interior meses antes de finalizar la guerra (Ibíd., 246).

En síntesis, una estimación precisa de datos es dificultosa debido a la inexactitud e insuficiencia de estadísticas disponibles, empero, haciendo una aproximación numeral del total de personas movilizadas en el período 1942 y 1944, llegaría a los 3, 679,400 coreanos movilizadas (Nakano, 1997: 7).

Como podemos observar en la siguiente Tabla 5, las movilizaciones se categorizan según el uso de los tres métodos de conscripción detallados anteriormente.

Tabla 5. Número de coreanos movilizados, 1942-1944

	1942	1943	1944
Reclutamiento grupal	333,976	685,733	2,453,724
Ordenamiento oficial	49,030	58,924	76,617
Conscripción	90	646	19,655
Total	383,096	745,308	2,550,996

Fuente: Chosen ni okeru nihonjin no katsudo ni kansuru chosa (1977), p.72 “Table 1. Koreans Mobilized within Korea (1942-1944)” en Nakano, Yoichi (1997) *Japan's Wartime Use of Colonial Labor: Taiwan and Korea (1937-1945)*. The University of British Columbia, p. 7.

De manera semejante, en concordancia con la estimación hecha por Smith (1999: 259), podemos ver de manera concisa las categorías de trabajo asignadas a los coreanos movilizadas en el período de 1939 y 1945, siguiendo un marco que contabiliza los años fiscales. Observando la siguiente Tabla 6, es destacable la importancia de la industria minera —en particular la del carbón— en la demanda y recepción de trabajadores conscriptos, llegando a explotar un total de 318,564 personas durante ese mismo período.

Por otra parte, únicamente en la categoría de “fábricas” (textiles, etc.) se puede advertir la movilización de 750 mujeres destinadas a desempeñar trabajos forzosos. Es curioso destacar este hecho marginal dado que las movilizaciones particularmente femeninas eran llevadas a cabo por la armada con el objetivo ulterior de convertirlas en esclavas sexuales (*comfort women*) para el ejército nipón (Nakano, 1997: 9).

Tabla 6. Estimación de coreanos movilizados por grupos, 1939-1945 (fiscales)

Año (fiscal)	Número total	Categoría de trabajo asignado			
		Minas de Carbón	Minas de Metal	Obras públicas	Fábricas
1939	38,700	24,279	5,042	9,379	-
1940	54,944	35,431	8,069	9,898	1,546
1941	53,492	32,099	8,988	9,540	2,865
1942	112,007	74,576	9,483	14,848	13,100
1943	122,237	65,208	13,660	28,280	15,089
1944	280,304	85,953	30,507	33,382	130,462 (750)
1945	6,000	1,000	-	2,000	3,000
Total	667,684	318,564	75,749	107,327	166,062 (750)

Nota: Las cifras entre paréntesis se refieren a las mujeres movilizadas. Los datos de 1945 pertenecen al primer cuatrimestre fiscal (abril-junio). Fuente: Smith, William D. (1999). "Table 5.3: 'Group Importation' of Koreans, Fiscal 1939-1945" en: *Ethnicity, Class and Gender in the Mines: Korean Workers in Japan's Chikuho Coal Field, 1917-1945*. University of Washington: ProQuest Dissertations and Theses, p. 259.

1.4. Situación social y laboral de los movilizados

Por una parte, la situación social y laboral de las primeras migraciones *zainichi* dependía ampliamente del sector u industria en la que fuesen empleados, sin embargo, ésta era determinada por el uso generalizado de prácticas discriminatorias de base étnica y por su condición de trabajadores no cualificados. A grandes trazos, podemos decir que sus sueldos eran hasta un tercio inferiores a los de sus compañeros japoneses y eran considerados especialmente aptos para aquellos trabajos que requieran de gran fuerza física, usualmente considerados como *kitsui* (きつい) *kitanai* (汚い) y *kiken* (危険) –traduciéndolo en su neologismo inglés, *dirty, dangerous and demeaning*– como por ejemplo el trabajo en las minas, construcción o en empresas sub-contratadas, donde las condiciones de seguridad o salubridad eran muchas veces omitidas y las tasas de accidentes laborales, despidos y desempleo eran en efecto altas (Weiner, 1997: 162-163).

El asentamiento de estos trabajadores coreanos solía producirse en aquellos dormitorios propiedad de las empresas en las que eran empleados, aunque eran también comunes las acumulaciones de chabolas al lado de fábricas o a las afueras de la ciudad, en vista de que la comunidad *zainichi* era frecuentemente excluida de las viviendas controladas por propietarios japoneses. Como consecuencia de ello, las pésimas condiciones de salubridad suponían un riesgo constante para la salud de sus habitantes,

que eran altamente susceptibles a contraer la disentería u otras enfermedades infecciosas (Ibíd., 163). De esta manera, a partir de los años 30 se empezaron a formar guetos coreanos alrededor de los centros urbanos industriales más grandes como Tokio, Osaka, Kioto, Nagoya, Kobe, Yokohama y Fukuoka. Sin embargo, cabe destacar que la concentración de coreanos en Osaka era la más numerosa de Japón, representando un 10% de la población total de la ciudad (Lee, 1981:44). Estos guetos eran percibidos como núcleos en donde prevalecía la pobreza, enfermedad y la violencia, asociadas como características culturales o étnicas propias de la comunidad *zainichi*. Weiner (1997: 163) especifica que “it was assumed that their standard of living took for granted a decadent cultural heritage”.

Por otra parte, nos centraremos en las circunstancias laborales de los trabajadores movilizados durante el período comprendido entre el 1939 y 1945, en cuya mayoría fueron destinados a las principales minas de carbón, tal y como hemos podido observar en la anterior Tabla 6.

El deterioro de las minas, la falta de mecanización y mantenimiento junto con los altos estándares de producción se reflejaban en los numerosos accidentes laborales: lesiones e incluso muertes, cuyo porcentaje aumentó peligrosamente durante el período de entreguerras. La segregación entre japoneses y coreanos en la distribución del trabajo como práctica común en algunas de las principales minas⁸ se producía con objeto de disminuir las posibles discrepancias y –al mismo tiempo– como método para promover la competición entre estos dos grupos. A este escenario, se le sumaba una militarización de las minas más marcada que en épocas de preguerra, en las que los supervisores frecuentemente apaleaban a los trabajadores con la ayuda de la policía local y militar. Esta situación cambia cuando dichos supervisores son reemplazados directamente por fuerzas de la policía militar, que se estacionarían en las diversas minas con la única función de vigilar los movilizados para prevenir huidas y castigar a aquellos trabajadores con faltas de asistencia. Cabe comentar que este férreo control y vigilancia desembocaba catastróficamente en la multitud de muertes de los movilizados (Smith, 1999: 284-289).

⁸ Todavía cabe destacar que esta práctica no era del todo generalizada, dado que había algunas minas en las cuales se establecían grupos de trabajo mixtos (Weiner, 1997: 289).

Todos estos factores y especialmente la distribución del trabajo en las minas –mediante la cual los trabajadores movilizados desempeñaban las funciones más arriesgadas en función de su rango– se traduciría en que la diferencia de mortalidad laboral entre coreanos y japoneses era de un 20% (Ibíd., 284). Es necesario recalcar que a pesar de que el promedio de mortalidad de los conscriptos coreanos era más pronunciado por comparación, las tasas de defunción de los mineros japoneses eran, por igual, excesivamente elevadas. Analizando los datos disponibles en cuanto a la industria minera del año 1943, cada día más de ocho mineros de promedio morían en circunstancias laborales, desembocando en un total anual de 1,974 defunciones de japoneses y 1,044 de coreanos. Hacia la primera mitad de 1944, estas cifras aumentaron hasta llegar a una media de diez muertes por día. Pongamos por caso que –en términos de la producción de carbón– por cada un millón de toneladas de carbón producidas morían un promedio de 25 trabajadores en 1941, gradualmente en 1945 esta cifra incrementó hasta los 43 trabajadores. A todo esto, la malnutrición generalizada debido a la escasez de comida y las penosas condiciones de los dormitorios –segregados según etnia– reforzaban una percepción discriminatoria hacia los coreanos conscriptos en particular y hacia la comunidad *zainichi* en general, cuyo resentimiento se hizo presente al finalizar la guerra (Ibíd., 292-307).

Los salarios que recibían los coreanos movilizados en las minas de carbón era de aproximadamente 2 yenes al día, en un primer período de formación, y subiría hasta los 3-4 yenes posteriormente. Éste era hasta un 15% inferior a los salarios medios de períodos anteriores y, por su parte, al sueldo de los trabajadores japoneses como podemos observar en la siguiente Tabla 7 (Chung, 1984: 171-172). Cabe comentar que este tipo de discriminación salarial no era exclusivamente dirigida a los movilizados coreanos, sino que se situaba a la par con la desigualdad salarial mucho más marcada que padecían las mujeres trabajadoras japonesas o coreanas en todos los sectores industriales (Smith, 1999: 295-296).

Tabla 7. Porcentaje total de las mensualidades correspondientes a los trabajadores japoneses y coreanos en una mina de Hokkaidô, 1943

Yenes	Japoneses %	Coreanos %
<30	3.7	35.1
30-50	14.0	38.9
50-70	21.3	12.3
70-90	22.1	6.8
90-110	20.6	2.1
>110	18.2	3.8

Fuente: 労働科学研究所「半島労務者勤労状況に関する調査報告」(Rôdô Kagaku Kenkyûjo, “Hantô Rômusha Kinrô Jôkyô ni kansuru Chôsa Hôkoku”) 1943, en CS-5. En CHUNG, Chin-Sung (1984). *Colonial Migration from Korea to Japan*. University of Chicago: ProQuest Dissertations and Theses, p. 172.

Centrándonos en el salario recibido por los movilizados coreanos, es necesario indagar en las condiciones impuestas por la misma industria y por el gobierno nipón en cuanto a su uso y recepción. De este modo, siguiendo el ejemplo propuesto por Smith (1999: 296) un trabajador de la mina Meiji Hirayama que ganaba mensualmente una media de 73.87 yenes a fecha de 1940, veía su sueldo disminuir a medida que:

“[o]ut of this, 60 sen per day was deducted from a single miner’s pay for room and board. Another 35 sen per shift (25 yen for married miners) was to be deducted for war bonds, while 10 yen per month was withheld in compulsory savings (for the first three months) and 25 yen was remitted to the worker’s family in Korea. If an average single miner worked 25 days a month, his or her nominal monthly pay of 73.87 yen would thus shrink to 12.12 yen before voluntary savings, which the company encouraged, and taxes.”

Por lo tanto, este salario mínimo recibido por los trabajadores prevenía, de alguna manera, los motines dentro de las minas así como las fugas masivas. Además, la suma destinada a ahorros individuales muchas veces era expropiada por la misma empresa o por el gobierno, por lo que era poco común obtener el permiso necesario para retirar dichos ahorros. Del mismo modo, el envío de remesas por parte de los movilizados a sus familias en Corea solía fallar en llegar a su destino debido a que éstas eran tramitadas y distribuidas por los municipios locales. En definitiva, a gran parte de los coreanos movilizados que huyeron de las duras condiciones laborales e incluso a aquellos que siguieron trabajando hasta el 1945, no se les devolvieron hasta día de hoy los ahorros individuales obligatorios que conformaban una gran parte de su sueldo (Smith, 1999: 296-298; Chung, 1984: 172-173).

Como también habíamos comentado previamente, las fugas eran frecuentes –tanto por parte de coreanos como de japoneses– pero eran éstos primeros cuya proporción era comparativamente más elevada. Es a partir de 1939 que el porcentaje total de deserciones de los coreanos movilizados empieza a acentuarse a nivel nacional: de un 6.7% inicial el mismo año, se pasa a un 37.2% en 1940 y llegando a un máximo de 51.7% en 1941. Tan solo un total de 7.4% de los desertores fueron nuevamente capturados para ser devueltos a las empresas o repatriados a Corea. En el caso particular de la industria minera y respondiendo a los sistemas coercitivos empleados en la movilización masiva de población coreana, además de las duras condiciones laborales, podemos ver –en la siguiente Tabla 8– como el porcentaje de fugas de conscriptos coreanos a nivel nacional⁹ el abril de 1944, era significativamente más alto que la proporción de sus compañeros japoneses. A grandes trazos, se podría decir que aproximadamente la mitad de los coreanos movilizados huyeron antes del cese de la guerra (Smith, 1999: 278-279).

Tabla 8. Porcentaje de deserciones en las principales minas a nivel nacional, abril de 1944.

	Minas principales %		Minas menores %	
	Japoneses	Coreanos	Japoneses	Coreanos
Sapporo	14.5	28.7	20.8	48.1
Sendai	1	17.6	2.2	75
Tokio	73.3	58.3	0.2	100
Yamaguchi	2.9	31.3	17.1	54.4
Kyûshû	5	43.7	23.9	72.6
A Nivel				
Nacional	6.1	36.9	18.1	65.3

Fuente: *Sekitan Tôseikai Rômubu*, “Tankô rômu tôkei hyô” p. 326-328, 330, 331, 333. En SMITH, William D. (1999). *Ethnicity, Class and Gender in the Mines: Korean Workers in Japan's Chikuhô Coal Field, 1917-1945*. University of Washington: ProQuest Dissertations and Theses, p. 281.

Desde otro punto de vista, se infiere que la explotación que se produjo en el periodo de entreguerras analizada en este apartado, tiene un trasfondo que remite a una discriminación y segregación en base a la clase social como factor determinante, con algunas connotaciones ligadas a la etnicidad y al género (Ibíd., 311).

⁹ Teniendo en cuenta que el índice de deserciones era considerablemente superior en aquellas minas de menor superficie (Smith, 1999: 278-279).

1.5. Políticas de asimilación sociocultural y represión gubernamental estructural en Japón

Las primeras oleadas migratorias: correspondientes a los períodos de 1910-1924 y 1925 hasta 1938 –analizadas en anteriores capítulos–, conformaron la primera y segunda etapa migratoria *zainichi*. Éstas se caracterizaron por el desarrollo de una hostilidad mutua entre nativos japoneses y los inmigrantes coreanos, fomentada por la reproducción continua de estereotipos peyorativos hacia esta población foránea por parte de las instituciones públicas, la policía y sobre todo los medios de comunicación, entre los cuales destacaba la prensa. Dichos estereotipos calificaban a los *zainichi* de rebeldes e indisciplinados, irresponsables, ineficientes y vinculados a todo tipo de actividades criminales, siguiendo el hilo de una comparación dicotómica entre nativos e inmigrantes. Todas estas observaciones se relacionan también con los prejuicios raciales dirigidos hacia otras minorías¹⁰ étnicas y culturales existentes en el país, como los *ainu*, *burakumin* o en cierta medida a los okinawenses (Chung, 1984: 36-43).

Este sentimiento “anti-coreano” se fue acentuado aún más a partir de la década de los años veinte, cuando el movimiento independentista coreano contra la ocupación japonesa del uno de marzo de 1919 alentó numerosos incidentes terroristas en Japón, por parte de los nacionalistas coreanos contra oficiales japoneses. Conforme a estas circunstancias se fueron esbozando aquellos estereotipos y actitudes socialmente demarcadas hacia la comunidad *zainichi* que harán eco en los períodos posteriores: en la postguerra o incluso en la actualidad (Ibíd., 36-41).

El incidente más abiertamente violento contra la comunidad *zainichi* que resonó en los años posteriores, fue la masacre consecuente al Gran Terremoto de Kantô –que destruyó más del ochenta por ciento de la ciudad de Tokio y sus alrededores– el 1 de septiembre de 1923. Siguiendo el hilo de la narración, la noche del 2 de septiembre grupos de ultraderechistas empezaron a propagar rumores acerca de que los coreanos habían aprovechado el caos ulterior al terremoto para llevar a cabo un motín

¹⁰ La minoría cultural de los *burakumin* son descendientes de una clase social o casta marginada dedicada a desempeñar trabajos considerados como *impuros* (relacionados con la sangre y la muerte como por ejemplo carniceros, trabajadores del cuero o de funerarias) durante el período Edo (1603-1868), se estima que actualmente representa un dos o tres por ciento de la población total. Por su parte las minorías étnicas de los *ainu* y *ryukyuan* (okinawenses) situadas en la isla de Hokkaidô y las islas de Ryûkû (Okinawa) respectivamente, fueron incorporadas como parte de Japón en el período Meiji (1868-1912) mediante implacables políticas de asimilación sociocultural y lingüística (Weiner, 1997).

independentista: se rumoreaba que éstos prendían fuegos, envenenaban el agua, se rebelaban contra la armada imperial, mataban hombres y violaban a mujeres. Los periódicos se apresuraron a publicar y difundir dichos rumores, como también, que los edificios del cuartel general de la policía, el teatro imperial y la sede del periódico *Asahi* fueron destruidos en atentados terroristas a manos de nacionalistas coreanos. Ese mismo día, a raíz de los rumores propagados por la prensa, el gobierno había ordenado la ley marcial en el área de Kantô e instruido a la guardia imperial, a la policía así como a otros regimientos –un total de 70,000 soldados– controlar la presunta insurrección coreana en Tokio, que supuestamente estaba apoyada por los partidos socialistas. El *Diario de Tokio* (o *Tokio Nichinichi Shinbun* –東京日々新聞) anunció, el dos de septiembre de 1923, que el gobierno había ordenado la matanza de todos los coreanos residentes en Japón e incitaba a la población en cooperar con el ejército y la policía en la defensa del país contra esta comunidad (Ibíd., 21-28).

Seguidamente, en los días posteriores al terremoto, se formaron un total aproximado de 3,000 *jikeidan* (自警団) –autoproclamados “grupos justicieros” conformados por civiles– tan solo en el área de Kantô. Toda esta milicia armada se dedicó a asesinar a cualquier persona de etnia coreana que encontraran, bajo el criterio del lenguaje: el mínimo acento coreano que detectaran suponía la condena de muerte. Es ciertamente difícil establecer un número concreto de coreanos asesinados durante la masacre, las cifras oficiales anunciadas por el gobierno colonial en Corea sumaban 832 muertes (contando las víctimas del terremoto y consecuente incendio) mientras que las fuerzas policiales niponas comunicaron alrededor de 367 casos de asesinato. En contraposición a estos informes, un periódico independiente coreano –el *Tong-A Ilbo*– investigó un total de 6,661 asesinatos entorno al área de Kantô (Ibíd., 21-28).

El trasfondo político detrás de las atrocidades ocurridas a raíz del Gran Terremoto de Kantô resultó ser el factor instigador en la masacre de la comunidad *zanichi*, utilizada como chivo expiatorio con el fin de someter el incipiente movimiento comunista en el país. El gobierno –cada vez más alarmado con las uniones políticas entre sindicatos obreros socialistas y comunistas proliferantes por todo el país, como consecuencia directa del triunfo de la revolución comunista en Rusia a principios de siglo– estaba a la espera de una incursión masiva a los grupos de la izquierda. Teniendo en cuenta que muchos intelectuales coreanos estaban estrechamente vinculados a los movimientos comunistas

de la época, fueron utilizados como cabeza de turco en la creación de un enemigo directo y ficticio. Para, consiguientemente, difundir rumores sobre la supuesta coalición entre estos intelectuales coreanos con los sindicatos comunistas y socialistas con el objetivo ulterior de derrocar el gobierno imperial. Tomando como excusa la supuesta insurrección coreana, la policía arrestó y asesinó a numerosos líderes de izquierdas, como fue el caso del anarquista Sakae Ôsugi y su esposa Noe Itô, entre otros (Ibíd., 25-26).

Consideremos brevemente ahora las políticas implementadas por el gobierno japonés en relación a la comunidad *zainichi*, empezando por la cuestión de la nacionalidad. Como miembros del imperio, los *zainichi* disponían de una ciudadanía japonesa nominalmente, dado que en la práctica no gozaban de los mismos derechos¹¹ que los nacionales japoneses (Ibíd., 50-51). A todo esto, Weiner (1994: 156-159) señala que –en contraposición a las políticas asimilacionistas impuestas en Corea– la asimilación de la comunidad *zainichi* era raramente discutida antes de la primera mitad de 1920, en su mayor parte debido a una percepción de que esta inmigración era particularmente temporal y reversible. Asimismo, los residentes coreanos –siendo percibidos como la antítesis cultural y racial– conformaban un elemento inasimilable en la sociedad nipona, de ahí el desinterés en implementar políticas educacionales o de asimilación sociocultural. No obstante, las políticas asimilacionistas (同化政策 o *dôka seisaku*) constituían un elemento esencial en el proyecto colonial a largo plazo y seguían el precepto de “*isshin dôjin*” para referirse a la “imparcialidad e igualdad hacia todos los súbditos del imperio”.

La masacre de 1923 sirvió de catálisis para promover con más ímpetu las políticas de conciliación entre japoneses y coreanos, comúnmente llamadas *Naisen Yûwa* (内鮮融和), mediante las cuales se intentaba disipar la violencia hacia los *zainichi* –que aún perduraba después del atroz incidente– por medio del empleo de miles de coreanos en obras públicas. Entre estas medidas destacaba la *Sôaikai*¹² (相愛会) o *Mutual Care*

¹¹ Como por ejemplo, no fue hasta el 1925 que se aprobó el sufragio masculino coreano bajo estrictas condiciones en su ejercicio. El derecho a voto estaba estrictamente limitado a hombres de más de 25 años y que hayan residido por un mínimo de un año en un mismo distrito electoral. Debido a estas condiciones, en 1936 tan solo 41,829 inmigrantes habrían podido ejercer su derecho a voto, lo que es más, los partidos políticos *zainichi* participantes en la política doméstica japonesa se establecían generalmente en el eje pro-japonés, que optaba por una cooperación en el proyecto colonialista como medio para adquirir –en el proceso– concesiones favorables para la comunidad coreana (Morris-Suzuki, 2008: 14).

¹² En este período también se desarrollaron muchas otras asociaciones similares a la *Sôaikai* en diferentes partes del país, que se encontraban bajo control directo de los órganos gubernamentales municipales o prefecturales. Hacia el año 1924, existían unas cuarenta asociaciones de este tipo –la mitad de las cuales– fueron instauradas posteriormente de los incidentes de 1923 (Weiner, 1994: 157).

Association, fundada en 1921 por Pak Chun-gum y Yi Ki-dong con el apoyo financiero y administrativo de fuentes oficiales en Corea y Japón. La finalidad aparente de esta asociación era de proveer servicios de asistencia, empleo o alojamiento –así como– intervenir en disputas en relación a los *zainichi*. Del mismo modo que su sucesor –la *Kyôwakai*¹³ (協和会) o *Harmonisation Association*–, esta asociación era utilizada como instrumento para la asimilación y el control social del denominado “problema coreano”. Tal y como comenta Weiner (1994: 165),

“[t]he fusion of Japanese and Koreans within a greater racial and cultural community in accordance with the principles of Imperial benevolence and impartiality remained the explicitly stated goal of the *Kyôwakai* until 1945 [...] however, the entire assimilative project retained and reified the racial assumptions which justified and prolonged the subordination of Koreans.”

De manera análoga, la *Kyôwakai* mantenía estrechos vínculos con el Ministerio del Bienestar y con las fuerzas policíacas, además, llevaba a cabo multitud de proyectos asimilacionistas siguiendo unos propósitos determinados, resumidos en los tres siguientes puntos:

0. To undertake moral reform projects as a part of the material and spiritual Japanization of Koreans.
1. To protect the livelihood of Koreans through the expansion of social enterprises.
2. To endeavour to enlighten Japanese and Koreans with a view to promoting and accelerating ‘conciliation’ (Weiner, 1994: 163).

Esta segunda asociación controlaba¹⁴ todos los aspectos sociales de los inmigrantes coreanos: la afiliación era obligatoria para todos y era necesario llevar el carnet en todo momento como forma de identificación (Ibíd., 164-165). En 1944 la *Kyôwakai* fue renombrada como *Kôseikai –Welfare Society–*, esta vez entre sus objetivos manifiestos se encontraban propuestas que pretendían eliminar la discriminación en cuanto a condiciones laborales y salarios, entre otras medidas, que asegurasen el trato igualitario entre japoneses y coreanos. Estas resoluciones nunca vieron la luz más allá del gabinete como consecuencia de la inevitable derrota en 1945 (Chung, 1984: 56).

¹³ Su sede principal estaba localizada en Tokio, pero también disponía de oficinas distribuidas por todo el territorio (Weiner, 1994: 165).

¹⁴ La *Kyôwakai* fue una de las principales organizaciones encargadas en reclutar y movilizar a población coreana como mano de obra forzosa durante el período bélico (Weiner, 1994: 164-165).

II. Período post-colonial

2.1. Derrota, repatriación y situación legal de los *zainichi*

La declaración de derrota por el mismo emperador Hirohito el quince de septiembre de 1945 puso fin al imperio japonés en Asia y –en particular– a los 35 años de dominio colonial en Corea, cuyas repercusiones entorpecerían las relaciones bilaterales entre ambos países en los años por venir. Este hecho histórico liberó a su paso a los más de 667,684 civiles movilizados en el período 1939-1945 (siguiendo datos oficiales) de los cuales aproximadamente la mitad de ellos –unos 300,000– fueron destinados exclusivamente en el sector minero. Miles de manifestantes marcharon por las calles de Corea, mientras que en el país vecino los movilizados de todas las nacionalidades se alzaban en rebelión en unas 40 o 50 minas extendidas por todo el territorio. Estas revueltas continuaron produciéndose en los meses sucesivos –hasta aproximadamente el noviembre de 1945– revigorizando el movimiento obrero hasta entonces reprimido por el régimen ultranacionalista nipón (Smith, 1999, 2000; Underwood, 2006).

A lo largo de ese mismo mes, el 21 de agosto de 1945 el gobierno nipón y sus viceministros decidieron que era de vital importancia repatriar inmediatamente a los más de 700,000 conscriptos coreanos, como táctica para mantener la estabilidad política y social una vez regresadas las tropas militares del campo de batalla. Otros factores que influyeron en este proyecto fueron posiblemente, por una parte, la radicalización de los motines en las minas a manos de ex-conscriptos coreanos y chinos, y la aprensión a que las clases trabajadoras japonesas se unan a su causa. Por la otra, era en beneficio de aquellas industrias y empresas que hicieron uso del trabajo forzado de miles de movilizados, repatriar-los cuanto antes posible, para así, evitar pagar las compensaciones económicas pertinentes y aquellos salarios retenidos a modo de ahorros obligatorios (Underwood, 2006: 15-16).

De un total de aproximadamente 2 o 2,4 millones de coreanos residentes en Japón en 1945, una cifra de 1, 414,258 habían sido repatriados hacia finales de 1946, por lo que una estimación entre 650,000 y 800,000 *zainichi* permanecían en el país a fecha de 1952. Esta circunstancia se podría deber a un cúmulo de elementos intercalados entre sí, considerando marcos económicos, culturales y sociales, del mismo modo, que los factores geopolíticos que se desarrollaron en el período posbélico en la península coreana: su

división en dos áreas de influencia que desembocó en guerra civil pocos años después –el junio de 1950– y la fallida reunificación del país al acabar la guerra¹⁵. No obstante, las circunstancias más inmediatas fueron las restricciones monetarias (de 1000 yenes por persona) y el mínimo de bagaje permitido para llevar, además del costoso viaje que complicaba su reasentamiento en Corea, por lo que muchos optaron por vías de repatriación privadas e ilegales¹⁶ (Caprio & Yu, 2009; Underwood, 2006).

Con el derrumbe del imperio nipón y la consecuente pérdida de sus colonias, la situación legal de los *zainichi* devino ciertamente ambigua al pasar a no tener nacionalidad alguna, dado que –tanto Japón como los gobiernos provisionales en el norte y sur de Corea– refutaban la necesidad de proveer protección legal a esta comunidad. En 1947 había entrado en vigor una reforma legal que requería el registro de los *zainichi* coreanos como extranjeros, por lo que, se anulaba automáticamente la nacionalidad japonesa adquirida “como súbditos del imperio” con la previa anexión de Corea en 1910.

En diciembre de 1951 empezaron a haber tentativas de que la República de Corea y Japón llegaran a un acuerdo respecto al estatus de residencia de la comunidad *zainichi*. El fracaso de éste se debió a discrepancias en cuanto a las cuestiones legales en torno al proceso de deportación de aquellos coreanos considerados como “indeseables”, además, Japón habría preferido esperar a que la República de Corea concluyera un tratado de paz general (y ganara la guerra). Todavía cabe señalar que las políticas de postguerra entre ambos países estaban delimitadas por el conflicto ideológico que se estaba desarrollando en ese momento y que daría pie al inicio de la Guerra Fría. Citando a Lee (1981: 133), Min Hwa Han (2009: 42) argumenta que el “legal status and subsequent privileges [for

¹⁵ Mark Caprio & Yu Jia (2009) y Min Hwa Han (2009) argumentan que otro de los factores que contribuyeron en la no-repatriación de muchos *zainichi* en el período posterior a la guerra de Corea (1950-1953) fueron esencialmente políticos, teniendo en cuenta que el 98 por ciento de los migrantes y movilizados coreanos durante el período colonial procedían de las provincias sureñas de la península, la mayoría de éstos habían formado parte o desarrollado grupos ideológicamente socialistas o comunistas propios del movimiento obrero. De esta manera, eran propensos a unirse a la recientemente fundada (en 1945 y prohibida por la administración norteamericana en 1949, para luego establecerse de nuevo en 1955) “Liga de Coreanos en Japón” más conocida como *Choryun* (para más tarde cambiar el nombre a *Chongryun*) –relacionada por su alineación con la República Popular Democrática de Corea– que desde un primer momento reivindicaron los derechos de la comunidad *zainichi* en Japón, frente a su contemporánea *Mindan* o “Asociación de Residentes Coreanos” fundada en 1948 y posteriormente afiliada con el gobierno de la República de Corea, que promovía la naturalización de los *zainichi* como ciudadanos japoneses.

¹⁶ En muchos casos, la repatriación en tales embarcaciones resultaban en tragedia como nos demuestran varios casos de naufragio, incluso por medio de vías oficiales como fue el caso del navío *Ukishima-maru* que naufragó el 24 de agosto de 1945 con 524 coreanos ex-conscriptos a bordo, después de que se chocara con una mina norteamericana (Underwood, 2006: 15).

Koreans in Japan] were determined formally by international agreement and informally by social attitudes”.

Posteriormente, no fue hasta el 1965 cuando Japón y la República de Corea habían firmado el tratado de normalización de las relaciones diplomáticas de ambos países, junto con un acuerdo en lo referente al estatus legal de los nacionales surcoreanos residentes en Japón. Éste último especificaba que Japón ofrecería la residencia permanente a aquellos coreanos nacionalizados en la República de Corea, y también a aquellos individuos que podían demostrar que estaban residiendo en Japón a fechas anteriores a 1945. Simultáneamente, todos aquellos *zainichi* afiliados con *Chongryun*, así como, un gran número de personas que declinaron aceptar la nacionalidad surcoreana¹⁷ quedaron apátridas, mientras que más de los 10,000 miembros de *Mindan* –que habrían obtenido la residencia permanente– protestaron en 1965 en una manifestación pública en la que reclamaron derechos más igualitarios con los de la nacionalidad japonesa (Ibíd., 2009).

Hay que mencionar, además que ambos países se rigen por el principio de *ius sanguinis* por línea paternal, por lo que a una parte significativa de la comunidad *zainichi* de segunda generación se le concedía automáticamente la nacionalidad surcoreana, circunstancia que favorecía a la República de Corea en términos de reclutamientos militares, dado que podía hacer uso de sus nacionales residentes en Japón según requiera. Dicha situación legal de los residentes coreanos en Japón continuó hasta principios de los ochenta, cuando se relajaron los requerimientos para obtener la nacionalidad japonesa y la naturalización de muchos *zainichi* de primera o segunda generación fue finalmente posible (Ibíd., 2009).

2.2. Demandas, juicios e indemnizaciones

Entrando en el período posbélico, el gobierno japonés había puesto en marcha una campaña para compensar a aquellos ciudadanos heridos en la guerra y a otros supervivientes, del mismo modo que a los *zaibatsu*, por sus pérdidas económicas –a raíz de la implementación del programa de trabajos forzados– mediante una suma que minguaba alrededor de los 40 trillones de yenes el 1996, y que aún continúa en la

¹⁷ Por una serie de factores, entre los cuales destaca la propensión ideológica a identificarse con una nación de ideales comunistas que promovía Corea del Norte, en contraposición a la situación de discriminación, pobreza y falta de trabajo que se daba en Japón. Además, “[s]ince the country called “Korea” –neither the Republic of Korea (South) nor the Democratic People’s Republic of Korea (North) – was their envisioned homeland, many Koreans in Japan experienced a bitter sense of losing their home.” (Han, 2009: 44)

actualidad. Este hecho contrasta con las compensaciones externas –en su mayoría dirigidas a gobiernos, excluyendo así a las víctimas individuales, con la excepción de los *hibakusha*– de un total de un trillón de yenes, que habían cesado en 1977 (Smith, 1999; 2000).

Tal y como habíamos mencionado en anteriores apartados, el gobierno en conjunto con las principales industrias (minera, metalúrgica, textil, etc.) fueron los agentes que planearon activamente y llevaron a cabo la movilización de miles de coreanos, como mano de obra necesaria para cumplir con las altas tasas de producción, propias de una economía bélica. En la actualidad, considerando el marco contextual de demandas y juicios por parte de las víctimas de la movilización, así como, de los *hibakusha* coreanos contra el gobierno y ciertas empresas niponas –que nace a partir de los años noventa– suele darse un patrón común que consiste en que ambas partes –tanto el gobierno como las empresas– reniegan de dicha responsabilidad (la explotación de miles de trabajadores forzosos y la retención involuntaria de sus sueldos) al mismo tiempo que se atribuyen la culpa mutuamente (Smith, 1999: 426).

Esta postura adoptada por el gobierno y las empresas durante los procesos judiciales alude a una división de la sociedad japonesa en cuanto a perspectivas históricas duales y discrepantes en lo referente a su pasado colonialista y bélico, la cuestión de las movilizaciones forzosas y su narrativa, entre otros aspectos, todos relacionados con la aceptación y compromiso con su propia historia. Por una parte, la corriente negacionista y revisionista omite y reinterpreta la historia colonial japonesa y sus responsabilidades de guerra. Esta corriente negacionista es ejemplificada por la *Japanese Society for History Textbook Reform* (o 新しい歴史教科書をつくる会) cuyo activismo se centra principalmente en suprimir y minimizar la historia colonial nipona reflejada en los libros de texto, sobre todo en cuestiones relacionadas con los trabajos forzosos o las *comfort women*, con el fin de alejarse de una “perspectiva masoquista de la historia nacional”. Este proyecto fue apoyado desde sus inicios –en 1996– por miembros del Partido Liberal Democrático (PLD, partido político tradicionalmente dominante) e incluso ha influenciado a investigadores destacados, en cuanto al uso del lenguaje académico y en demarcar las circunstancias particulares que llevaron a poner en práctica la denominada “*group importation*” de trabajadores coreanos (Underwood, 2006: 1).

En palabras de Ian Buruma (2011), la “miopía histórica” o “amnesia histórica selectiva” había dominado el discurso político de la derecha japonesa durante los años de posguerra. Simultáneamente, esta postura es contrarrestada por las visiones más liberales y pacifistas que utilizan a Hiroshima y Nagasaki como símbolo del martirio nacional –cuyo sufrimiento invalida los crímenes de guerra del militarismo fascista de antaño– adoptando una perspectiva pacifista universal que superpone a las *víctimas inocentes* de Hiroshima y Nagasaki como arquetipo de la atrocidad bélica.

Hay que incidir, además, que en Japón nunca hubo una separación clara entre su pasado ultranacionalista y la posguerra, dado que muchos de los gobernantes en función durante la guerra se mantuvieron en el poder *a posteriori*. La ocupación norteamericana y la censura de los elementos tradicionales de la sociedad nipona así como de las víctimas de la bomba atómica, construyeron una especie de “amnesia histórica” de su propio pasado reciente, que fue fortalecida –en su desarrollo– por los esfuerzos de reconstrucción y crecimiento económico de los años sesenta. Las posturas negacionistas adoptadas por los sectores derechistas –encabezados por el partido que se había mantenido en el poder desde su establecimiento en 1955, el PLD– habían influido en la historiografía oficial, que fue acaparada desde un primer momento por los historiadores marxistas. Ahora bien, sus críticos se componen por las facciones más izquierdistas y liberales, que denuncian el hecho que las atrocidades de guerra fueron “dictadas por un plan nacional”, calificándolas como actos barbáricos y crueles contra la humanidad. Estas dos posturas chocaron durante los constantes juicios celebrados a partir de los años ochenta, en contra de las censuras y revisiones de los libros de texto (Underwood, 2015).

En definitiva, podemos decir que el proceso de olvido deliberado llevado a cabo durante la posguerra domina la opinión pública y política en la actualidad, y también influye claramente en las relaciones diplomáticas de Japón con sus vecinos asiáticos. Un ejemplo reciente que pone de relieve esta actitud omisora del pasado fue protagonizado por la propuesta de Japón –en 2015– de designar (con éxito) la isla de Hashima (o Gunkaijima) como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Este proyecto fue puesto en marcha con el fin de resaltar la revolución industrial del período Meiji, abarcando solamente los años entre 1850 hasta 1910, y eludiendo el hecho de que las minas operadas por Mitsubishi en la isla –en el periodo de 1890 hasta 1974– habían hecho uso del trabajo forzado de cientos de movilizados durante la guerra (Ibíd., 2015).

Volviendo al tema que nos ocupa, todos aquellos movilizados coreanos liberados en finalizar la guerra habían sido repatriados a Corea o habían continuado residiendo en Japón, asimismo, ambos grupos tenían la certeza de que las empresas en las que fueron explotados les proporcionarían los salarios correspondientes a los años trabajados. Al no cumplirse tal promesa, muchos de los repatriados empezaron a reclamar sus sueldos, en primer lugar, a una asociación japonesa aún presente en Corea: la *Nihonjin Sewakai* o 日
本人世話会 hasta el año 1948, cuando las autoridades norteamericanas pasaron a compilar las miles de reclamaciones para así facilitarlas posteriormente al recién establecido gobierno surcoreano. Éste último, por su parte, preparaba avanzar sus demandas en 1951 durante las negociaciones del Tratado de Paz de San Francisco, que consistían en la reclamación de 565, 000,000 yenes en recompensas para aquellas 105,000 víctimas de la movilización que habían presentado sus reclamaciones. Sin embargo, estas demandas nunca fueron presentadas, dado que el gobierno provisional de Corea del Sur no fue invitado en las negociaciones de paz con Japón. De este modo, Japón sostiene que se ve exento de proporcionar cualquier compensación de guerra a Corea del Sur, en vista de que los dos países nunca habían estado en guerra y que la anexión de 1910 no violaba el derecho internacional (Underwood, 2006: 16).

Por su parte, los *zainichi* se organizaron en torno a la *League of Korean Residents in Japan*¹⁸ (posteriormente *Korean League*) que devino el medio más convencional por el cual los antiguos trabajadores conscriptos podían dirigir sus demandas. Dentro de su activismo, destaca la *Iwate proposal* –el abril de 1946– mediante la cual la *Korean League* junto con representantes del gobierno de ocupación y del gobierno local de la prefectura de Iwate, pactaron con las compañías de la zona compensaciones laborales –que iban a ser depositadas en las oficinas prefecturales del Ministerio del Bienestar– para aquellos movilizados coreanos afiliados a la organización. Aunque posteriormente esta propuesta fue derogada por el gobierno central y las principales compañías, la Liga Coreana llegó a compensar a un total de 43,314 ex-conscriptos en octubre de 1946. De manera semejante, en este período otras compañías habían llegado a ofrecer pequeñas compensaciones económicas a los que las demandaran, contrastando con la postura adoptada por el gobierno nipón y sus principales industrias (Ibíd., 2006: 15-17).

¹⁸ En sus inicios la *Korean League* no fue legalmente reconocida por parte del estado nipón y tampoco por el posterior gobierno de ocupación norteamericano, en vista de su creciente vínculo con el Partido Comunista Japonés (Underwood, 2006: 15-17).

Coetáneamente, el 12 de octubre de 1946, el Ministerio del Bienestar decretó –con la aprobación americana– que las compañías depositaran todos aquellos salarios impagados, además de la información¹⁹ correspondiente a los movilizados coreanos, chinos e taiwaneses, en el Banco de Japón. Siguiendo los argumentos de Underwood (2016: 18),

“[t]he Japanese government finally moved forward with a solution –the freezing and effective confiscation of wages and all other owed benefits– that was largely a reaction to the Korean League’s pursuit of compensation on the basis of accountability for involuntary conscription. Tokyo was also determined to transform the problem of unpaid wages into a state-to-state matter with whatever government might later emerge in Korea.”

Hacia el año 1948, el Ministerio del Bienestar había finalizado de recaudar una suma de aquellos salarios impagados, todo ello sin informar de dicho proceso a los antiguos conscriptos ni al gobierno surcoreano. Esta información tampoco fue discutida *a posteriori* de la Guerra de Corea (1950-1953) y fue clasificada como secreto de estado durante las negociaciones del tratado de normalización de las relaciones bilaterales entre Japón y la República de Corea en 1965. Este hecho solo había salido a la luz en la década de los noventa y no fue hasta el año 2004 que el gobierno nipón admitiera la existencia de estos depósitos²⁰ (Ibíd., 2006: 19-22).

Consideremos ahora las circunstancias en torno al Tratado de 1965 que, aparte de establecer relaciones diplomáticas y económicas entre Japón y Corea del Sur, aportaba a éste último un total de ochocientos millones de dólares en préstamos y concesiones. Asimismo, el tratado incluía cláusulas de exención a pagar enmiendas de guerra a individuos por parte del gobierno y de las empresas niponas, creando una situación en la que tan solo los gobiernos exteriores disponían del derecho a reivindicar indemnizaciones en nombre de sus ciudadanos. En 2005 el presidente surcoreano de ese entonces, Roh Moo-hyun, desclasificó una serie de documentos en relación a las negociaciones previas

¹⁹ Como comenta Underwood (2006: 18) entre esta información se encontraban datos en cuanto a “individual deposits such as the amount, number, date, location, recipient’s name and address in Korea, dates of starting and stopping work, and an itemized breakdown of monies involved”. No obstante, argumenta que “[t]he deposit system functioned far differently in practice, as insincere implementation by Japanese corporations was followed by a decade-long cover-up by the Japanese state”.

²⁰ Depósitos estimados en aproximadamente dos billones de dólares actuales, que el gobierno nipón insiste en que –debido a la desorganización en lo referente a los datos de los movilizados– es imposible llevar a cabo su repartición entre los individuos aún en vida, que habrían perdido el derecho a reclamar dicha suma según el tratado de 1965 (Underwood, 2006: 19).

al pacto de 1965 entre el gobierno autoritario de Park Chung-hee y el gobierno nipón, pasando por alto la petición de Japón de mantener los archivos en secreto hasta que se establezcan relaciones diplomáticas con Corea del Norte. Entre estas revelaciones destaca que la administración de Park Chung-hee rechazó la propuesta nipona de compensar directamente a las víctimas de los trabajos forzosos a cambio de que fuera su administración la encargada de retribuir las indemnizaciones concedidas. Ulteriormente, tan solo un diez por ciento del total de las compensaciones recibidas por el gobierno surcoreano fueron repartidas exclusivamente a las víctimas de las conscripciones militares. El porcentaje restante fue invertido, casi en su integridad, en el desarrollo económico y en proyectos de creación de infraestructuras en el país (Underwood, 2006; 2010; Palmer, 2008).

En vista de estos sucesos, las demandas de antiguos conscriptos o sus familiares fueron redirigidas, desde el gobierno y empresas niponas, hacia el gobierno surcoreano. En respuesta a esta situación, en 2007 el gobierno surcoreano implementó una legislación que otorgaría compensaciones²¹ económicas: a las familias de los conscriptos que murieron o desaparecieron en Japón, a aquellos supervivientes discapacitados y a las familias de los antiguos movilizados que ya no están en vida, en base al registro financiero disponible en el Banco de Japón (Underwood, 2006: 5).

En 2008, Tokio se decantó por la cooperación y la discusión abierta con Corea del Sur en facilitar información de unos 11,000 conscriptos militares²² para que sean compensados por el gobierno surcoreano, no obstante, mantuvo firme su postura de que el gobierno nipón no es legalmente responsable de indemnizar a las víctimas de la movilización. Con este paso, Japón continuaba su cooperación con Corea del Sur –centrada sobre todo en desvelar su historia colonial compartida– siguiendo las bases del acuerdo firmado por ambos países en 2004, mediante el cual se establecía la *Truth Commission on Forced Mobilization under Japanese Imperialism*. La misión investigadora de esta comisión, conformada por investigadores de ambos países, ha llevado a recaudar nuevas conclusiones en cuanto a la movilización y los trabajos

²¹Este plan de compensaciones –de aproximadamente 20, 000 dólares por individuo– fue iniciado en mayo de 2008 (Underwood, 2006: 5).

²² Aunque, Japón decidió revelar información sobre los conscriptos militares por primera vez, estipuló también que es difícil recopilar información similar en cuanto a los conscriptos civiles, dado que ésta se encuentra repartida por las bases de datos de los gobiernos locales de todo el país (Underwood, 2008: 6).

forzados, a partir de la exploración de antiguas fábricas repartidas por todo el territorio nipón (Ibíd., 2006: 2). Paralelamente y conforme a este acuerdo, en 2005 Japón establece la *Truth-Seeking Network for Forced Mobilization* –conformada por historiadores, investigadores civiles y activistas– para facilitar la colaboración con la investigación surcoreana. Si bien, estas comisiones han sido criticadas por perpetuar una postura victimista a nivel nacional –además de evitar temas relacionados con Corea del Norte²³– su activismo se había encontrado con poca colaboración por parte de aquellas empresas²⁴ que habían formado parte de la trama de trabajos forzosos de conscriptos coreanos, chinos o prisioneros de guerra aliados. Entre estas compañías se encontraba Aso Mining (anteriormente Aso Corp.) propiedad familiar del ex primer ministro, Aso Taro. El actual viceprimer ministro Aso Taro, había eludido la cuestión hasta que en 2009 admitió que Aso Corp. utilizó a prisioneros de guerra aliados como mano de obra durante la guerra y seguidamente pidió disculpas por ello. Entre estas declaraciones se omitió –por contraste– cualquier referencia a los conscriptos coreanos o chinos que también habían sido explotados en las mismas minas (Underwood, 2006; 2010).

Simultáneamente, a estas dos comisiones oficiales se les suma el trabajo investigador de activistas, ciudadanos y asociaciones en ambos países, como es el caso de *Mugunfa* –grupo liderado por un antiguo conscripto *zainichi*–, el *Group for Thinking about Forced Labor* o el *Hokkaidô Forum*, entre muchos otros grupos²⁵ organizados en Japón (Ibíd., 2006).

²³ Desde los años noventa Japón ha alentado el proceso de normalización de las relaciones diplomáticas con Corea del Norte sin mucho éxito, dado que ésta última ha insistido en que se le otorgue indemnizaciones de guerra y de responsabilidad colonial. Aquellas compensaciones económicas (que aún se encuentran en el Banco de Japón) dirigidas al diez por ciento de los movilizados coreanos procedentes del norte siguen siendo legalmente vinculantes, no obstante, no se llevarán a cabo a menos que Japón establezca relaciones bilaterales con Corea del Norte. Este hecho es poco probable a día de hoy, en vista de la persistencia de los conflictos entre ambos países a raíz de los secuestros de nacionales japoneses por parte del gobierno norcoreano en el período de 1977 y 1983, la propaganda bélica y el lanzamiento de misiles en aguas niponas, entre otros factores (Underwood, 2008: 9).

²⁴ En las últimas décadas, tan solo tres compañías: New Nippon Steel, NKK y Nachi-Fujikoshi, han compensado a varias víctimas coreanas de los trabajos forzosos en casos judiciales aislados. Encabezadas por Mitsubishi, las principales industrias bélicas durante la guerra han evadido toda responsabilidad legal y judicial en cuanto a su papel en el programa de movilizaciones forzosas de miles de coreanos y chinos (Underwood, 2008).

²⁵ A pesar de la existencia de muchos grupos investigadores en Japón que tratan el tema de los trabajos forzados, la cooperación entre estos es condicionada por su ideología o afiliación a partidos políticos (Underwood, 2006: 13).

Examinemos brevemente ahora el caso de los *hibakusha*²⁶ coreanos, más concretamente, la cuestión de un grupo de *hibakusha* coreanos en su demanda contra el gobierno japonés a raíz de que fueron conscriptos como obreros en la empresa naval de Mitsubishi en Hiroshima durante la guerra. En 2007 la Corte Suprema de Japón dictaminó a favor de una compensación sanitaria –de 1.2 millones de yenes– a cada uno de los *hibakusha* involucrados, aunque hay que incidir que esta resolución omitía la demanda de compensaciones por salarios impagados por parte de Mitsubishi (Palmer, 2008:1-2).

La estipulación inicial en lo referente a las víctimas de la bomba atómica se especificaba en la *A-bomb Survivors Medical Care Law*, dicha legislación no detallaba sobre cuestiones referentes a la nacionalidad o residencia. Sin embargo, hacia el año 1974 el Ministerio de Salud y Bienestar apremió en limitar que los beneficios médicos solamente se pudieran entregar a los supervivientes residentes en Japón. La victoria legal en 2007 interrumpió levemente el patrón comúnmente utilizado como argumento base de la defensa: el Tratado de Paz de San Francisco de 1951 –entre Japón y los Países Aliados– y el Tratado de normalización en las relaciones bilaterales entre Corea del Sur y Japón de 1965 dado que, tal y como hemos comentado anteriormente, ambos incluyen cláusulas de exención de pagar indemnizaciones de guerra a individuos por parte del gobierno y las empresas niponas (Ibíd., 1-2).

En definitiva, como hemos estado viendo en este apartado, la incapacidad de Japón y Corea del Sur de llegar a un acuerdo respecto a su pasado común –tanto en términos históricos como políticos– ha inhabilitado las iniciativas de recompensar a los supervivientes de los trabajos forzados. Esta tendencia es remarcada por la evasión de responsabilidades de guerra por parte del gobierno y empresas niponas, cuya postura legal es protegida por el marco legal en torno a los tratados de 1952 y 1965. Los esfuerzos conciliadores son muchas veces destramados por escándalos políticos relacionados con perspectivas históricas en conflicto –como por ejemplo el dilema de los libros de texto mencionado más arriba–, la ineficiencia en establecer compensaciones económicas a los antiguos movilizados y cuestiones de disputas territoriales –en cuanto a la isla de Dokdo (para Corea del Sur) o Takeshima (para Japón).

²⁶ Como también habíamos comentado en apartados anteriores, el concepto de *hibakusha* (o 被爆者) se refiere a los supervivientes de las bombas atómicas lanzadas por las tropas norteamericanas en Hiroshima y Nagasaki el 6 y 9 de agosto de 1945, respectivamente.

III. Conclusiones

En primera instancia y con tal de responder a las preguntas primeramente formuladas en la introducción, seguiremos el orden lineal de desarrollo por el que se rige este trabajo.

Para empezar, ¿Cómo es construida o re-construida la narración histórica en lo referente a los trabajos forzados desempeñados por las primeras generaciones de *zainichi* coreanos dentro del marco de la historia contemporánea de Japón?

Tal y como habíamos visto en el primer apartado, la narración historiográfica en torno a la cuestión de las movilizaciones coreanas y los trabajos forzosos desempeñados por estas, está dividida en tres corrientes que corresponden a la historiografía *zainichi*, japonesa y la euro-norteamericana. En la primera de las cuales, el análisis histórico destaca por una perspectiva *zainichi* que –en un primer momento– respondía a las inquietudes políticas y de demandas de derechos civiles, con el fin de promocionar la agenda política contemporánea de la comunidad *zainichi*. Esta corriente mantenía una terminología dicotómica nacionalista –Japón/Corea– cuya visión esencialista contrastaba con una realidad múltiple –tanto de la sociedad japonesa como dentro de la misma comunidad *zainichi*– además, promovía un debate académico que ponga en punto de mira la amnesia histórica del pasado colonial japonés que predomina en la opinión pública y política de Japón. En segundo lugar, esbozando la interacción entre intelectuales, historiadores y antiguos oficiales coloniales japoneses en lo referente al debate en torno a los trabajos forzosos, encontramos dos tendencias: defensores y denunciantes del imperialismo nipón que, no obstante, compartían la característica común de seguir los conceptos y la metodología propios de la historiografía marxista –además de promocionar sus agendas políticas particulares. En último lugar, la historiografía euro-norteamericana se distingue por la influencia del orientalismo de Said (1978), de las teorías poscoloniales y deconstructivistas, para introducir una perspectiva antropológica, social o de género al debate de las movilizaciones coreanas.

En segundo lugar, ¿Cuáles fueron los inicios, causas y consecuencias de la movilización masiva de miles de coreanos como mano de obra forzada en las principales industrias niponas durante el período bélico?

Siguiendo la pauta cronológica propuesta, se ha argumentado que la anexión de Corea dentro del imperio nipón el 1910 respondía a varias teorías nacionalistas y

colonialistas que justificaban dicho avance territorial, a partir del cual, se implementaron reformas estructurales en todos los ámbitos socioculturales y económicos. A partir de estas políticas coloniales llevadas a cabo, se produjeron varios patrones migratorios interprovinciales e internacionales –en su mayoría por razones económicas y con un carácter temporal más que permanente– siguiendo dos fases: 1910-1924 y 1925-1938. La primera fase de migración (1910-1924) se caracterizaba por el crecimiento económico espectacular y la rápida industrialización de Japón, en cuyo marco estructural, los inmigrantes coreanos ocupaban las posiciones socioeconómicas más precarias, situación que fue influida por una discriminación generalizada que culminaría en la masacre de miles de coreanos que se produjo posteriormente al terremoto de Kantô en 1923, y que fue instigada por el mismo gobierno nipón. En la segunda fase de migración (1925-1938) destacaba el intento de control de la inmigración coreana por parte del gobierno colonial en base a los sucesos de 1923 y la aparición de lo que sería considerado el “problema coreano”, como consecuencia directa a un contexto social en que el miedo y animosidad hacia una comunidad foránea –percibida como peligrosa e incluso “inferior”– dominaba el discurso público y político.

A partir de 1937, con la entrada oficial de Japón en la guerra de China y Pacífico, su industria pesante fue expandiéndose en concordancia con las demandas de una economía de guerra. Las principales industrias niponas formaron un grupo de presión con objeto de agilizar el proceso legal mediante el cual el gobierno asentaría las bases necesarias para emprender la importación de mano de obra coreana. Consiguientemente, en 1939 se aprobó un plan de movilización laboral en Corea, mediante el cual, unos 85,000 coreanos fueron conscriptos en el periodo de 1939 y 1940 para desempeñar trabajos forzosos sobre todo en la minería y la construcción.

Los mecanismos de esta movilización masiva llevada a cabo por el gobierno y las empresas niponas, se dividen en tres fases incrementalmente coercitivas, la primera de las cuales era *shûdan boshû* o “reclutamiento grupal” y se desarrolló durante el septiembre de 1939 hasta marzo de 1942; la segunda llamada *kan assen* o “por ordenamiento oficial” fue puesta en marcha el marzo de 1942 y duró hasta agosto de 1944; la última, *chôyô* o “conscripción” fue desde el agosto de 1944 hasta el final de la guerra, el agosto de 1945. La alternación de una fase a otra era en función de los cambios producidos en el marco oficial legal y respondían al nivel de coerción ejercida, si bien, es muy probable que

muchos de los conscriptos no eran conscientes del sistema de reclutamiento mediante el cual fueron movilizados. Además, en las tres fases de movilización se puede percibir una cierta propensión en la que, la clase social, jugaba un papel determinante en la predisposición a ser conscripto. A grandes trazos, haciendo una aproximación numeral del total de coreanos movilizados en el período de 1942 y 1944, llegaría a las 3, 679,400 personas.

La situación social y laboral de los conscriptos coreanos estaba regida por prácticas discriminatorias de base étnica y por su condición de trabajadores no cualificados. La segregación entre japoneses y coreanos en la distribución del trabajo como práctica común en algunas de las principales minas, así como el deterioro de éstas, se reflejaba en las altas tasas de mortalidad, que eran comparativamente más pronunciadas en el caso de los movilizados coreanos. La desigualdad salarial de los coreanos –de hasta un 15% inferior al salario medio de los trabajadores japoneses– se situaba a la par con una desigualdad salarial mucho más marcada que padecían las mujeres trabajadoras japonesas o coreanas en todos los sectores industriales. En vista de estas circunstancias, las desertiones eran frecuentes: se podría decir que aproximadamente la mitad de los coreanos movilizados huyeron antes del cese de la guerra. En líneas generales, la explotación que se produjo en el periodo de entreguerras tiene un trasfondo que remite a una discriminación y segregación en base a la clase social como factor primordial, con algunas connotaciones ligadas a la etnicidad y al género.

En vista del desarrollo de una cierta hostilidad hacia la comunidad *zainichi*, fomentada por la reproducción continua de estereotipos peyorativos por parte de las instituciones públicas y sobre todo los medios de comunicación, se promovieron con más ímpetu unas políticas de asimilación sociocultural: las *Naisen Yûwa*. Mediante estas políticas se intentaba disipar la violencia hacia los inmigrantes coreanos que aún perduraba después de la masacre de 1923. Asimismo, entre estas medidas destacaban la colaboración del gobierno con la *Sôaikai* (*Mutual Care Association*) –fundada el con el apoyo financiero y administrativo de fuentes oficiales en Corea y Japón– del mismo modo que con su sucesora: la *Kyôwakai* (*Harmonisation Association*). La finalidad aparente de estas dos asociaciones era de proveer servicios de asistencia, empleo o alojamiento a la comunidad *zainichi*, sin embargo, en la práctica eran utilizadas como instrumento de control social.

Por último, ¿Cómo respondieron el gobierno y las empresas japonesas frente a la configuración de las reparaciones de guerra y frente a una trama de demandas iniciadas a principios de los años noventa por parte de los supervivientes de las movilizaciones en un contexto sociopolítico de invisibilización y supresión del pasado bélico?

La derrota de 1945 puso fin al imperio japonés en Asia y liberó a todos aquellos coreanos movilizados en el período de 1939 y 1945. Consiguientemente, ese mismo año el gobierno nipón decidió que era de vital importancia repatriar inmediatamente a los conscriptos coreanos como táctica para mantener la estabilidad política y social una vez regresadas las tropas militares del campo de batalla, así como, para evitar pagar las compensaciones económicas pertinentes o aquellos salarios retenidos por las empresas a modo de ahorros obligatorios. De un total de 2 a 2,4 millones de coreanos residiendo en Japón en 1945, una cifra de 1, 414,258 habían sido repatriados hacia finales de 1946. De este modo, una estimación entre 650,000 y 800,000 *zainichi* –cuya situación legal devino ciertamente ambigua– permanecían en el país el año 1952.

En 1965, con la firma del tratado de normalización de las relaciones diplomáticas entre Japón y Corea del Sur, se ofrecía la residencia permanente a aquellos nacionalizados surcoreanos y a los que podían demostrar que residían en el país a fechas anteriores a 1945. Simultáneamente, todos aquellos *zainichi* que declinaron aceptar la nacionalidad surcoreana quedaron apátridas. Dicha situación legal continuó hasta principios de los años ochenta, cuando se relajaron los requerimientos para obtener la nacionalidad japonesa y la naturalización de muchos *zainichi* de primera o segunda generación fue finalmente posible.

A partir de los años noventa, empezó una larga contienda de demandas y juicios por parte de las víctimas de la movilización –así como de los *hibakusha*– contra el gobierno y ciertas empresas niponas. En este contexto legal se suele dar un patrón común: tanto el gobierno como las empresas reniegan de su responsabilidad en la explotación de miles de trabajadores forzosos y la retención involuntaria de sus sueldos, al mismo tiempo, que atribuyen dicha responsabilidad íntegramente a la otra parte.

Esta postura adoptada por el gobierno y las empresas durante los procesos judiciales alude a una división de la sociedad japonesa en cuanto a perspectivas históricas duales y discrepantes en lo referente a su pasado colonialista y bélico, la cuestión de las movilizaciones forzosas y su narrativa, entre otros aspectos, todos relacionados con la

aceptación y compromiso con su propia historia, así como, con la denominada “amnesia histórica”. Dicho proceso de olvido deliberado desarrollado durante la posguerra, domina la opinión pública y política en la actualidad e influye claramente en las relaciones diplomáticas de Japón con sus vecinos asiáticos.

En lo referente a las recompensaciones a las víctimas de la movilización, el gobierno nipón había recaudado en los años posteriores a la derrota todos aquellos salarios impagados por las empresas, depositándolos en el Banco de Japón, sin informar de dicho proceso a los antiguos trabajadores ni al gobierno surcoreano. Esta información tampoco fue discutida *a posteriori* de la Guerra de Corea (1950-1953) y fue clasificada como secreto de estado durante las negociaciones del Tratado de 1965.

Las circunstancias en torno al Tratado del 1965 sugieren que la administración de Park Chung-hee rechazó la propuesta nipona de compensar directamente a las víctimas de los trabajos forzosos a cambio de que fuera su administración la encargada de retribuir las indemnizaciones concedidas. Ulteriormente, tan solo un diez por ciento del total de las compensaciones recibidas por el gobierno surcoreano fueron repartidas exclusivamente a las víctimas de las conscripciones militares. Por consiguiente, las demandas de antiguos conscriptos o sus familias fueron redirigidas des del gobierno y empresas niponas, hacia el gobierno surcoreano. En respuesta a esta situación, en 2007 el gobierno surcoreano implementó una legislación que otorgaría compensaciones económicas a las familias de los conscriptos que murieron o desaparecieron en Japón. Asimismo, la cooperación entre Japón y Corea del Sur centrada en desvelar su historia colonial compartida dio paso al establecimiento de dos grupos investigadores: la *Truth Commission on Forced Mobilization under Japanese Imperialism* y la *Truth-Seeking Network for Forced Mobilization*, conformadas por historiadores, investigadores civiles y activistas de ambos países. Si bien, estas comisiones han sido criticadas por perpetuar una postura victimista a nivel nacional —además, de evitar temas relacionados con Corea del Norte— su activismo se había encontrado con la poca colaboración de aquellas empresas que habían formado parte de la trama de los trabajos forzosos.

En síntesis, la incapacidad de Japón y Corea del Sur de llegar a un acuerdo respecto a su pasado común —tanto en términos históricos como políticos— ha inhabilitado las iniciativas de recompensar económicamente a los supervivientes de la movilización y

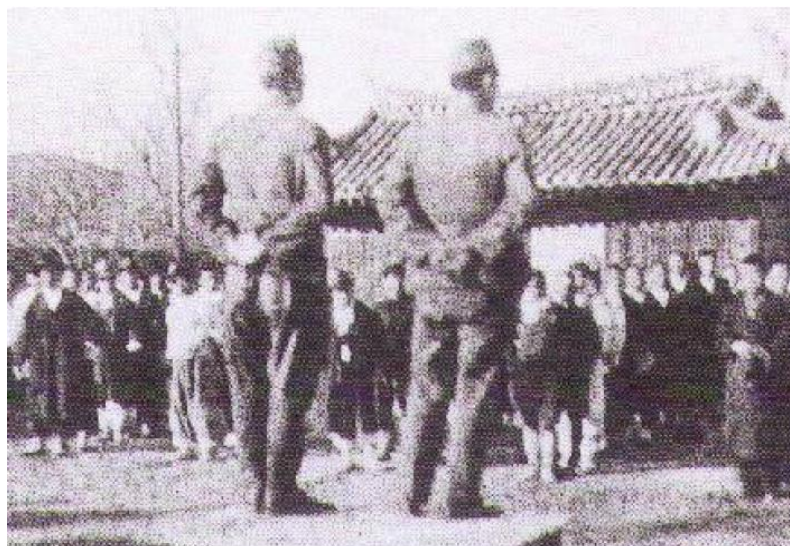
a sus familiares. Además, argumentamos que estas iniciativas están subordinadas a los intereses políticos y económicos de ambos países, y sobre todo de la opinión pública.

Podemos decir que la evasión de las responsabilidades de guerra por parte del gobierno y empresas niponas es reforzada por el marco legal desarrollado en torno a los tratados de 1952 y 1965. Los esfuerzos conciliadores entre Japón y Corea del Sur son muchas veces destramados por escándalos políticos y territoriales, todos ellos relacionados con perspectivas históricas en conflicto.

Las posturas de victimización nacional adoptadas por ambos países: la de Corea del Sur como víctima del colonialismo nipón, y la de Japón como víctima de la bomba atómica, han dificultado la creación de un diálogo verdaderamente conciliatorio en las últimas décadas. Únicamente una actitud abierta y revisionista con el pasado podrá influir en el desarrollo de unas relaciones diplomáticas más fluidas –de las que hay actualmente– entre Japón y Corea del Sur.

IV. Anexo

Imagen 1. Fotografía sin datar de dos oficiales coloniales reclutando a trabajadores en Corea. Crédito a Hayashi Eidai.



Fuente: UNDERWOOD William (2006) «Names, Bones and Unpaid Wages (1): Reparations for Korean Forced Labor in Japan». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 4, núm. 9, p. 14.

Imagen 2. Grupo de movilizados coreanos en la mina de Mitsubishi Kamiyamada, en marzo de 1942. Crédito a Hayashi Eidai.



Fuente: UNDERWOOD William (2006) «Names, Bones and Unpaid Wages (2): Seeking Redress for Korean Forced Labor». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 4, núm. 9, p. 1-18

Imagen 3. Conscriptos coreanos a la fábrica naval de Mitsubishi en Hiroshima en una visita supervisada al santuario de Miyajima, 1944.



Fuente: Fukagawa Munetoshi en PALMER, David (2008). «Korean Hibakusha, Japan's Supreme Court & the International Community: Can the U.S. & Japan Confront Forced Labour & Atomic Bombing?» *The Asia-Pacific Journal*, vol. 6, núm. 2, p. 5.

Imagen 4. Firma del tratado de relaciones bilaterales entre el ministro de exterior coreano Lee Tong-won y el ministro de exterior japonés Shiina Etsusaburo el 22 de junio de 1965.



Fuente: CAPRIO, Mark & YU Jia (2009). «Legacies of Empire and Occupation: The Making of the Korean Diaspora in Japan». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 7, núm. 37, p. 15.

V. Bibliografía

- BADE, Klaus J. (2003). *Migration in European History*. Traducción de Allison Brown. Malden, Oxford, Carlton: Blackwell Publishing Ltd.
- BURUMA, Ian (2011). *El Precio de la culpa: cómo Alemania y Japón se han enfrentado a su pasado*. Traducción de Claudia Conde. Barcelona: Duomo.
- CAPRIO, Mark & YU Jia (2009). «Legacies of Empire and Occupation: The Making of the Korean Diaspora in Japan». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 7, núm. 37, p. 1-25.
- CHAPMAN, David (2008). *Zainichi Korean identity and ethnicity*. London: Routledge.
- CHUNG, Chin-Sung (1984). *Colonial Migration from Korea to Japan*. University of Chicago: ProQuest Dissertations and Theses.
- DENNEHY, Kristine & SILVERBERG, Miriam (2002). *Memories of Colonial Korea in Postwar Japan*. Los Angeles: University of California, ProQuest Dissertations and Theses.
- GONZÁLEZ LARIO, Alejandro (2011). *Las nuevas generaciones zainichi: aproximación a las identidades de los coreanos en Japón*. Universitat Autònoma de Barcelona.
- HAN, Min Wha (2009). *Rhetoricity of History and Narrativity of Life: A Life History Approach to the First-Generation Koreans in Japan*. Ohio University.
- LEE, Changsoo & DE VOS, George (1981). *Koreans in Japan: ethnic conflict and accommodation*. Berkeley: University of California Press.
- LIE, John (2008). *Zainichi (Koreans in Japan): diasporic nationalism and postcolonial identity*. Berkeley: University of California Press.
- MORRIS-SUZUKI, Tessa (2008). «Migrants, Subjects, Citizens: Comparative Perspective on Nationality in the Prewar Japanese Empire». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 6, núm. 8, p. 1-20.

- MURPHY-SHIGEMATSU, Stephen (1993). «Multiethnic Japan and the monoethnic myth». *Asian Perspectives, Journal of The Society for the Study of the Multi-Ethnic Literature of the United States*, vol. 18, núm. 4, p. 63-80.
- NAITOU, Hisako (2014). «Korean Forced Labour in Japan's Wartime Empire». A: Kratoska, Paul H. (ed.). *Asian Labor in the Wartime Japanese Empire: Unknown Histories*. London: Routledge.
- NAKANO, Yoichi (1998). *Japan's Wartime Use of Colonial Labor: Taiwan and Korea (1937-1945)*. The University of British Columbia.
- PALMER, David (2016). «Foreign Forced Labor at Mitsubishi's Nagasaki and Hiroshima Shipyards: Big Business, Militarized Government, and the Absence of Shipbuilding Worker's Rights in World War II Japan». A: Marcel van der Linden y Magaly Rodríguez García (ed.). *On Coerced Labour: Work and Compulsion after Chattel Slavery*. Leiden; Boston: Brill, p. 159-187.
- PALMER, David (2008). «Korean Hibakusha, Japan's Supreme Court & the International Community: Can the U.S. & Japan Confront Forced Labour & Atomic Bombing?». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 6, núm. 2, p. 1-11.
- PALMER, David (2006). «*The Straits of Dead Souls: One Man's Investigation into the Disappearance of Mitsubishi Hiroshima's Korean Forced Labourers*». *Journal of Japanese Studies*, vol. 26, núm. 3, p. 335-351.
- RADNS, David Charles (2011). *The Development of Korean Communities in Japan: migrant interactions with urban environments*. University of Southern California.
- RYANG, Sonia & LIE, John (2009). *Diaspora without Homeland: Being Korean in Japan*. London: University California Press.
- SMITH, William D. (2000). «Beyond *The Bridge on the River Kwai*: Labor Mobilization in the Great East Asia Co-prosperity Sphere» *Cambridge University Press*, New-York, p. 219-238.

- SMITH, William D. (1999). *Ethnicity, Class and Gender in the Mines: Korean Workers in Japan's Chikuho Coal Field, 1917-1945*. University of Washington: ProQuest Dissertations and Theses.
- LAVABRE, Marie-Claire (2000). «Usages et mésusages de la notion de mémoire». *Critique internationale*, núm. 1, vol. 7, p. 48-57.
- LEE, Soo Im (2012). « Diversity of Zainichi Koreans and their ties to Japan and Korea». *Working Paper Series Studies on Multicultural Societies*, Afrasian Research Centre, Ryukoku University, núm. 8, p. 1-16.
- UNDERWOOD, William (2006). «The Japanese Court, Mitsubishi and Corporate Resistance to Chinese Forced Labor Redress». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 4, núm. 3, p. 1-23.
- UNDERWOOD, William (2006) «Names, Bones and Unpaid Wages (1): Reparations for Korean Forced Labor in Japan». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 4, núm. 9, p. 1-25.
- UNDERWOOD, William (2006) «Names, Bones and Unpaid Wages (2): Seeking Redress for Korean Forced Labor». *The Asia-Pacific Journal*, vol. 4, núm. 9, p. 1-18.
- UNDERWOOD, William (2008) «New Era for Japan-Korea History Issues: Forced Labor Redress Efforts Begin to Bear Fruit» *The Asia-Pacific Journal*, vol 6, núm. 3, p.1-12.
- UNDERWOOD, William & *The Hankyoreh* (2010) «Recent Developments in Korean-Japanese Historical Reconciliation» *The Asia-Pacific Journal*, vol 8, núm. 17, p.1-19.
- UNDERWOOD, William (2010) «Redress Crossroads in Japan: Decisive Phase in Campaigns to Compensate Korean and Chinese Wartime Forced Laborers» *The Asia-Pacific Journal*, vol 8, núm. 30, p.1-12.
- UNDERWOOD, William (2015) «Island of Horror: Gunkanjima and Japan's Quest for UNESCO World Heritage Status» *The Asia-Pacific Journal*, vol 13, núm. 26, p.1-6.

WEINER, Michael (1997). *Japan's minorities: the illusion of homogeneity*. London: Routledge.

WEINER, Michael (1994). *Race and migration in Imperial Japan*. London: Routledge.